PQ8519
.Z7
N6

ENCUADERNACION
DE
"EL INDEPENDIENTE."
Núm .....
Santiago.

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in
book pocket

ITAS-DE-UN-H-MO-Y

A FINAL TITLE

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8519
.Z7
N6

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041433298

POESIAS LIRICAS

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/notasdeunhimnopo00zorr

NOTAS DE UN HIMNO

POESIAS LIRICAS

DE

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Yo sé un himno gigante y extraño,
Que anuncia, en la noche del alma, una aurora;
Y estas páginas son, de ese himno,
Cadencias que el aire dilata en las sombras.

BECQUER.

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE "LA ESTRELLA DE CHILE"
19 J — Calle de las Agustinas — 19 J

1877

OPTICA Co

ESTE LIBRO Y SU AUTOR.

I.

Dicen que el que publica un libro á los veinte años, tarde ó temprano, se arrepiente de ello.

No digo yo que así no sea, generalmente hablando; pero estoy cierto de que á mi amigo Juan Zorrilla no le ha de acontecer tal.

Y, si mi humilde prevision llegara á fallar, junto con ella fallarian las de los demas amigos que han empujado y casi forzado á Zorrilla y que, al vencer las resistencias de su modestia, han creido enriquecer con una joya mas la naciente literatura Sud-Americana.

Ellos y yo somos responsables de la publicacion de este volúmen de poesías, y asumimos de lleno nuestra responsabilidad; declarámoslo así para satisfacer á nuestro amigo, su autor. Mas aun: asumimos esa responsabilidad con ufanía; y lo declaramos así para satisfacernos á nosotros mismos.

Hemos visto, en las poesías de Zorrilla, originalidad, fantasía rica y, en estos tiempos de vaciedades y majaderías métricas (que no poéticas) inspiracion sólida y verdadera. El público inteligente, que mas de una corona ha

ceñido ya á las sienes del jóven autor de las *Notas de un Himno*, ha de leer este libro y ha de confirmar el juicio que de él nos hemos formado, ántes de que se diera á la estampa.

Pocos libros, y, sobre todo, libros de poesías, nacen á la luz pública precedidos de mejor fortuna y bajo mejores auspicios. Pocos editores pueden sentirse mas satisfechos, al presentar su obra, que los de las *Notas de un Himno.*

II.

Un jóven, casi un niño, abandona las encantadoras playas del Plata y llega á Chile en busca de paz y de maestros para hacer sus estudios profesionales. Su modesta maleta de viajero estudiante viene cargada de diplomas en cuyo encabezamiento se lee el nombre del primer colejio argentino y que atestiguan que el recien llegado jóven es un vencedor en las nobles lides del estudio y del talento.

Un jóven, casi un niño, que abandona la patria, el hogar, el festivo y afectuoso enjambre de amigos de la niñez; un jóven, casi un niño, que abandona todo eso y voluntariamente se expatria para venir acá, léjos, endonde solo sabe que hay fé, paz y maestros y endonde á nadie conoce ni de nadie es conocido; ese jóven, ese niño ha probado que es un hombre.

Ese jóven casi niño compite en las aulas de nuestra Universidad con lo mas florido de nuestra juventud estudiosa, y cada fin de año escolar es para él cosecha de bien ganados lauros; ni tarda tampoco en conquistarse un lugar distinguido entre los jóvenes católicos que, agrupados en torno de La Estrella de Chile, se consagran al noble cultivo de las ciencias y de las letras.

La caridad llama un dia al talento y le pide que atraiga á una simpática casa de asilo á todos los amantes de la belleza literaria y de los nobles y puros

goces del espíritu. Los claustros del espacioso asilo se hacen estrechos para contener á la escogida muchedumbre que acude á la cita hecha en nombre de la caridad y en nombre de las letras. Juan Zorrilla, el jóven recien llegado y casi desconocido en la sociedad de Santiago, es, sin exageracion y sin depresion de nadie, el héroe de esa preciosa é inolvidable fiesta. Su magnífica composicion al *Dolor* es interrumpida á cada paso y coronada de aplausos, y le vale á su autor una verdadera ovacion. Al dia siguiente, la prensa agrega sus unánimes elogios.

Otro dia, cuyo recuerdo está todavía palpitante, los católicos de la opulenta Valparaiso quieren solemnizar con una grandiosa fiesta religioso-literaria el semi-secular aniversario de la consagracion episcopal del inmortal Pio IX. Los inteligentes directores de esa fiesta se apresuran á llamar de Santiago á Valparaiso al autor de la oda al *Dolor*. En presencia de una imponente muchedumbre, al lado de distinguidísimos oradores y vates nuestros, preséntase Juan Zorrilla, y es recibido en medio de una atronadora salva de aplausos por aquella sociedad, para la cual era personalmente desconocido. Su valiente y chispeante *Pontífice y Rey* obtiene un triunfo en nada inferior al de *El Dolor*.

¿Para quién, que lea y esté atento al movimiento literario, es hoi desconocido en Chile el nombre de Juan Zorrilla de San Martin?

Eso por lo que toca á los antecedentes del autor, ¿y los del libro?

III.

Horas de descanso en que el estudiante, fatigado, cerraba el libro y cogia la pluma para derramar su alma sobre el papel, horas arrebatadas por el impulso de la inspiracion á los honestos pasatiempos de la juventud y quizás

hasta á los goces de la amistad ó al reposo dél sueño: eso significaban las poesías de Zorrilla, ántes esparcidas unas en las páginas de La Estrella de Chile, y otras guardadas en la carpeta del autor, no sé si cumpliendo el precepto de Horacio con paciencia, ó impacientes contra la excesiva modestia de su dueño.

Gracias á la amistosa violencia de algunos, esas poesías impresas y dispersas y esos manuscritos guardados, forman hoy las *Notas de un Himno.*

El regente de la Imprenta de La Estrella de Chile, anunció su intento de dar á luz, en un hermoso volúmen, las *Poesías Líricas* de Juan Zorrilla. En Montevideo, Buenos Ayres, Santa Fé, Santiago y las provincias chilenas fué acogida con entusiasmo la invitacion del regente, de tal suerte que serán poquísimos los ejemplares de este libro que corran el azar de la venta en librería.

O mucho me engaño, ó eso es sumamente honroso para este libro y para su jóven autor y altamente satisfactorio para sus editores, que ven anticipadamente corroborados por el público ilustrado sus juicios sobre el mérito del libro que ofrecieron y hoy presentan.

¿Cuántos libros Sud-Americanos pueden contar lo que las *Notas de un Himno?*

IV.

Tres sentimientos dominantes, tres nobilísimos afectos son el númen y el alma de las poesías de Zorrilla: la fé, la patria y el amor.

La síntesis de esos tres afectos constituye la fisonomía moral del cantor, y, al mismo tiempo, se refleja, se retrata y se encarna en cada uno de los sones de su lira.

La grandiosidad de los misterios cristianos, los consuelos, la ternura y la belleza que encierran el dogma y el culto católicos, un ideal de felicidad privada y de felicidad social, un mundo de esperanzas inmortales, la lucha eterna entre la indomable entereza de la fé y la saña impotente de la fuerza: todo eso corresponde á la cuerda de la fé.

Una patria amada, jóven y hermosa, con un pasado lleno de glorias, poblado de héroes, con un presente borrascoso y un porvenir incierto; un corazon de veinte años, sangre oriental en la venas; una ardiente aspiracion á la paz, al progreso, á la única felicidad posible para las naciones, que es la que se basa en la idea católica; una confianza inquebrantable en el porvenir de la patria; un noble anhelo de volar á ella para poner al servicio de la causa de los buenos talento, corazon, y hasta brazo, si fuere necesario; todo eso corresponde á la cuerda del amor patrio.

El religioso y tierno culto del recuerdo de una madre idolatrada, recuerdo que se confunde con los albores de la niñez; la ausencia de un padre anciano, todo abnegacion y bondad; un hermano y amigos, inolvidables compañeros de la infancia; el amor ideal de un ángel terreno soñado ó adivinado por el corazon del poeta; recuerdos lejanos, rios, campiñas, árboles, sitios queridos, que el pincel reproduce con maestría y el artista acaricia con amor: todo eso corresponde á la tercera cuerda de la lira.

Dios, patria i amor, sentimiento trino en sus manifestaciones: hé ahí el lazo que da unidad á las *Notas de un Himno.* Dios, patria y amor, tres diversas melodías que no forman sino una sola armonía, *un himno* solo.

Yo sé un himno gigante i extraño
Que anuncia, en la noche del alma, una aurora,
Y estas páginas son, de ese himno,
Cadencias que el aire dilata en las sombras.

V.

En el altar de la fé, quema la inspiracion del poeta su mejor incienso. Adora, cree, espera y ama; y se enorgullece de adorar, proclama bien alto lo que cree, desplega encantadores cuadros de esperanzas y canta hermosos himnos de amor. Desprecia desde la altura de su conviccion las negaciones de los que no creen, las burlas de los que no esperan, los odios de los que no aman.

Los cantos que la patria distante le inspira son cantos viriles, de entonacion robusta y llenos de ufanía: cantos de gloria al pasado; trenos sobre el presente; animosos gritos de entusiasmo para el porvenir.

Zorrilla es delicado para acariciar un recuerdo, tierno para trasmitir un pensamiento amoroso, festivo para saludar á un camarada de la bulliciosa é inocente niñez; espiritual, casto, cristiano y original para retratar al ángel que se ha forjado en sus ensueños; en sus manos, el pincel, al pintar, da á sus cuadros luz, colorido, animacion y vida.

Su diccion es correcta y culta, igualmente distante de la ampulosidad empalagosa y de la prosaica trivialidad. Sacrifica siempre la palabra á la idea. Ni el ritmo ni el artificio métrico lo embarazan, ni dan un giro forzado á la expresion del pensamiento. La frase fluye rítmica sin esfuerzo y el consonante se brinda siempre comedido, oportuno y dócil.

Complácese Zorrilla muchas veces en velar su idea ó dejarla apénas vislumbrar en una artística penumbra, y goza en dar á su lector el grato trabajo de esa especie de adivinacion. Gusta poco de trazar en su tela líneas demasiado marcadas y resaltantes. Y hé ahí uno de los rasgos característicos y peculiares de la poesía de Zorrilla, que le comunica no poca originalidad y gracia especial.

VI.

Hé aquí unos pocos fragmentos tomados al acaso de las composiciones de Zorrilla de San Martin, que presentamos al lector como muestras de los principales géneros:

Esa es mi fé, que con orgullo ostento,
Depósito sagrado
Cuyo sublime asiento
Es la cerviz de un Dios sacrificado.

Dios en mi corazon, Dios en mi frente,
Radiosa con la luz de esa creencia:
Esa es mi noble aspiracion ardiente
Que bulle abrasadora en mi conciencia.

¡Esa es mi fé, mi juramento santo,
Ante quien sér é inteligencia postro:
Lo lanzo al mundo.... Si mi fé quebranto,
Lánzeme el mundo su anatema al rostro!

(Credo!, pág. 10.)

¡Ah! ¡no mintais, no blasfemeis, cobardes!
La libertad se mancha en vuestros labios,
Que asaltar á un anciano abandonado,
Crímen es de vosotros solamente,
No de la libertad, que en las batallas,
Noble en sus iras, levantó la frente.

.....

¡Ah! Los tiempos vendrán, porque está escrito,
Pontífice inmortal, ilustre Pio,
En que la tierra besará tus huellas,
Y tu nombre gigante
Brillará, avergonzando á las estrellas.

¡Yo amo tanto tu nombre!
¡Tu noble ancianidad venero tanto!
No me es dado por tí verter mi sangre;
Mas vierto al ménos mi oprimido llanto.
¡Ah! si pidiera sangre tu corona,
Por ceñirla á tu sien encanecida
Vertiera el pecho mio
Toda la que sedienta de martirio
Aliento en los raudales de mi vida.
¡Qué feliz si en el campo de la gloria
Fuera el ¡ay! de mi muerte
La gran diana triunfal de tu victoria!

(Pontífice y Rey, pág. 151.)

Llovia; el pesebre
Tan solo abrigaba
El hálito tibio
Del asno y del buey;
Y absorto el anciano
Y absorta la madre
Postrados besaban
Del Niño los piés;

Y el Niño lloraba
Del viento y del frio,
Y el frio y el viento
Lloraban tambien.
Los cielos cantaban,
Los astros crecieron
Y el mundo oyó sones
Ignotos para él.

La aurora
Buscaba
A Belen.

(El Divino Poema, pág. 91.)

*
* *

Pabellon bicolor: habla á la patria;
Haz que cesen los odios que la oprimen;
Has visto libertad, viste su fruto;
¡Ah! ¡no es valor el que alimenta el crímen!

La paz le exige su filial tributo;
Dile que al fin comprenda
Que hay un pueblo viril sin sangre y luto.
.....

El salmo legendario de la gloria
Nuestra cuna arrulló con rudas notas,
Y con cadenas rotas,
Trazó la libertad sobre los campos
La heróica introduccion de nuestra historia.
El mundo, patria mia,
El sello de esa gloria ve en tu frente.
Puedes dormir el sueño de los pueblos....
Puedes soñar un porvenir radiante,
Que el bautismo de sangre de la gloria
Te lo dieron tus padres, y es bastante.

Si arranqué de mi lira tu desgracia,
El mundo comprendió que tu cabeza
Se inclinó ensangrentada
Bajo tu misma varonil audacia,
Bajo el peso fatal de tu grandeza.

¡Libre te ostento ante la faz del mundo!
Tu nombre con orgullo,
Hago que grande entre mis labios vibre;
¡Lloré las faltas de una patria jóven!
¡Canté las glorias de una patria libre!

(¡Patria mia!, pág. 135.)

¡Libertad, Libertad! ¡Santa palabra
Que adora el alma mia!
¿Siempre has de ser la máscara cobarde
Donde esconde la faz la alevosía?
¿Hasta cuándo tu nombre
Gemirá profanado,
Siempre en sangre empapado,
Siempre nuncio de ira,
Siempre hermanado en el oscuro labio
Con el crímen, la audacia y la mentira?
¡No puede ser! El dogma de los libres
No apadrina la audaz hipocresía,
Y jamas el puñal del asesino
En sus páginas santas,
Con la sangre de pueblos ni de reyes,
Escribió ni una sola de sus leyes.

(PONTÍFICE Y REY, pág. 147.)

*
* *

¡Qué felices los hombres
Que, de sufrir rendidos,
Pueden decir llorando: "¡Madre mia!"
Y fundir su dolor en un suspiro!
....

Llegaré aun cubierto
Del polvo del camino,

Y te hallaré, al final de mi jornada,
Sentada sobre el borde del abismo.

Por fin entre tus brazos
Descansaré tranquilo
Y verteré en tu seno, madre mia,
El llanto que en el mundo no he vertido.

(¡Madre mia!, pág. 14.)

¿No veis mi dicha ofuscada,
Disipados mis ensueños,
Cómo en sus brazos me oprime
La realidad del destierro?

Tuve patria, hogar, amigos:
Ahora, tengo su recuerdo,
Prenda sola, sola y triste
Que de mi dicha conservo.

Tuve un amor ilusorio,
Puro y ardiente misterio
Que los ojos traicionaron
Y el alma guardó en secreto.

Herencia de mi niñez,
Niñez de mis sentimientos,
Luz, calor, vida, armonía,
Del mundo de mis recuerdos.

Todo lo mira mi alma
Como, llorando en silencio,
De una barca que se aleja
Se oye el compas de los remos.

(En brazos del desaliento, pág. 48.)

¿Quereis sublime á la mujer amada?
Alejad este mundo de su vista;
No busqueis la mujer, buscad al ángel,
Que las almas no ven pero adivinan.

(¡Buscad al ángel!, pág. 40.)

Reza, niña, al Señor: la madrugada
Reza perfumes é inocentes trinos;
Y, al dormirse la tarde entre la niebla,
Reza gemidos.
Reza, niña, al Señor: yo tambien rezo.
Ambos somos cristianos desde niños;
¡Cuánto gozo al pensar que en Dios se encuentran
Mi fé y tu fé, tu corazon y el mio!

(¡Reza!, pág. 99.)

¡Ah! si vierais mi patria!
Tiene arroyuelos,
Tiene orillas de flores
Y un cielo inmenso.
¡Ah! si la vierais
Con sus colinas verdes
Y sus palmeras!

. . . . . .

Si pudiera esos montes
Echar muy léjos
Y descoger la sombra
Que enluta el cielo;
Así quizá
Las orillitas viera
De mi Uruguay.

¡Adios, visiones locas,
Bellos encantos,
Reminiscencias dulces
De un bien pasado:
Huid, volad!
¡Ay! adios, orillitas
De mi Uruguay!

(Cantarcillo, pág. 64.)

VII.

Ya que me ha cabido la honra de hablar al público sobre Zorrilla y su libro, ¿cómo soltar la pluma sin consagrar un recuerdo de felicitacion á la patria de mi amigo, el Uruguay?

Desde el malogrado Cárlos Piñeyro, cuyas reliquias descansan en tierra chilena y cuya cara memoria vive y vivirá fresca en los corazones de cuantos le conocimos, hasta el inteligente Cárlos Berro, que acaba de separarse de nosotros, de vuelta al suelo natal, llevando de aquí una vasta ilustracion y dejando aquí hondas simpatías, todos nuestros huéspedes orientales nos han hecho amar al Uruguay, sin conocerlo.

Por eso, á causa de la asociacion de los sentimientos, al hablar del primer libro de Zorrilla, no puedo prescindir de enviar mis humildes pero muy calorosos parabienes á la patria de mi amigo.

Este libro revela un talento y un corazon en que se deben cifrar muy fundadas y halagüeñas esperanzas.

Abiertos tiene ante sí el jóven autor de las *Notas de un Himno* un hermoso porvenir y un ancho campo de accion, que su patria le brinda.

Esas esperanzas, ese porvenir y ese campo de accion imponen deberes que, estamos seguros, Zorrilla comprende y sabrá cumplir.

VIII.

No quiero detener por mas tiempo al lector en la puerta. Impaciente, y con razon, se sentirá por comenzar de una vez la lectura de las páginas de Zorri-

lla. Pero ántes, permítaseme protestar contra una preocupacion muy comun: es la de que no le toque á un amigo hablar, y hablar con encomio, de la obra otro amigo. Si la amistad fuera adulo ó interes, deberia sin duda enmudecer ó, si hablara, debiéranse tener por desautorizados sus conceptos; pero, miéntras la amistad sea conocimiento íntimo, franqueza y lealtad, tiene derecho para hablar y mas derecho que nadie; mas aun: tiene el deber de hablar y decir la verdad, aunque la verdad redunde en encomio del amigo.

¿Por ventura, solo Aristarco tiene criterio?

¿Acaso, la crítica ha de elegir forzosamente entre el silencio ó el reproche?

¿De cuándo acá solo tienen derecho á hacerse oir la envidia ó la indiferencia?

Amigo íntimo del autor de las *Notas de un Himno*, el que estas líneas suscribe no tiene empacho para declarar paladinamente que las ha escrito *con amore*, como diria un músico; y, al paso que teme muchísimo haber errado en sus juicios por ineptitud, está seguro de no haber errado por parcialidad.

Santiago de Chile, 18 de Julio de 1877.

Rafael B. GUMUCIO.

A MI PADRE

A él, que me dió el sér y, más que el sér, mis creencias cristianas; á él, que protegió mis primeros pasos en el camino de la vida, dedico los primeros que doy en el escabroso de las letras, y estas primicias del alma, que deposito en el altar de mi fé; pobre corona de cariño y gratitud que ciñe á sus venerables canas

Su hijo

JUAN.

SANTIAGO DE CHILE, 1.º DE MAYO DE 1877.

I

CREDO...!

¡Dios y la inmensidad y mi conciencia!
¡Léjos flotando el mundo de los hombres!
Sola mi inteligencia
Se inclina á Tí, Señor, desfallecida
Y se siente morir de tanta vida.

Mi pié posa en la tierra;
Pero mi alma, empujada
Por la mano absoluta de su esencia,
El infinito encierra
Y se siente arrastrada
Hasta el linde inmortal de su tendencia.

Héla aquí: la region de las ideas....
Mas allá la intuicion del infinito
Cuyo sér inmutable
Dilata, con impulso necesario,
La comprension del alma, indefinida
Luz de inmortalidad, fuente de vida.
La creacion su rítmica armonía
Bajo mis piés murmura;
Mudos, los astros su tropel arrastran,
Sin marcar tiempo ni dejar su huella:
Que, ante tu sér, Dios mio,
Brillar no osara ni una sola estrella;
Que su enjambre sombrío
Es solo leve polvo que levanta
Una onda fecundada del vacío
Al estrellarse en tu divina planta.

Las ideas, cual átomos, circulan
Y, cual vibrantes y estrelladas olas,
Surgen del éter, palpitando ondulan,
Se pierden en confusas aureolas
Y salpican mi frente
Las cascadas de luz inteligente.

¡Quién como tú, Señor! clama el espacio;
¡Quién como tú, Señor! ruge el Infierno;

A tu nombre, las bóvedas eternas
Estremecen sus senos de granito
Y ahoga su doliente, eterno grito
La ciudad del dolor, en sus cavernas.

Todo quieto ante Dios, todo sombrío;
Su aliento lo creado apénas mueve,
Y el corazon del Universo frio
Ni á palpitar se atreve.

Yo alzo la voz, Señor, alzo la frente;
Y, entre el silencio y la quietud inmensa,
Llego tranquilo hasta besar tu mano....
¡Paso hasta mi Señor....! ¡Yo soy cristiano!
Con la sangre de un Dios hasta Dios llego;
De pié sobre los mundos humillados
En sus brazos me entrego;
Con el sello del Cristo sobre el labio,
Con solo mi bautismo
Orgulloso me siento ante Dios mismo.

¡Dios en mi corazon, Dios en mi frente!
Siento bullir la fé en mi pensamiento;
Mi corazon se expande....
Por la primera vez mi canto siento
Grande nacer y levantarse grande.

Canto mi fé, orgulloso,
Y quisiera á mi voz dar la pujanza
Del rugido furioso
De la fiera que el circo estremecía
Y, con robusta garra ensangrentada,
Al mártir la corona le ceñia;
La entereza sublime
De la vírgen cristiana que, serena,
Realizando los mitos legendarios,
Pisa radiosa la sangrienta arena.

Señor: yo creo en Tí, tu nombre adoro;
Prosternado venero tus misterios;
Mi razon, de tus dogmas tributaria,
Se doblega ante Tí, forma tu coro
Y ansía, cual la débil procelaria,
Oir la tempestad, grande, sin vallas
Y pelear en el mundo tus batallas.

La luz de tu doctrina
Que, en el Calvario, confirmó tu Cristo
Con su sangre divina,
Deslumbró mi razon; mi fé te ha visto
En el nuevo Siná velar tu frente
No en medio del volcan impetuoso
Y ceñida de rayos la cabeza

Sino con nube de dolor sublime,
Oprimida la frente de tristeza,
Seco el labio que al mundo bendecia,
Y aterida la frente ensangrentada
Con la helada aridez de la agonía.

Señor: yo creo en Tí; mi pecho escuda
La fé que me enseñaste;
Y jamas vacilé; jamas la duda
Secó mi corazon con su veneno;
Firme la planta, el corazon sereno,
La frente enhiesta, desprecié al sectario
Que, en su impiedad sin nombre,
Hundida en polvo del error nefario
A Tí no sabe alzar su frente de hombre.

Ví rugir á mis piés las tempestades
Que alzó el orgullo de la ciencia humana
En todas las edades;
Y, sobre sus escombros,
Cubiertos por el musgo de los siglos,
Se alzó mi fé mas grande, mas ardiente,
Como, al romper los diques, el torrente.

Las pasiones templé con la creencia,
Siempre temí la voz de la conciencia,

Y del ímpio falaz la grita insana
Jamas oscureció mi fé cristiana.

¡Mi fé....! ¡Cómo en el mundo
Habrá quien la haga vacilar en mi alma
Si, á su solo mandato,
Vacilantes, los mundos desfallecen
O, en el cenit clavados, se estremecen!
¡Si ante su voz temblando
Callan los mares y su seno rompen;
Brota la muerte vida;
Si, á su acento, la gran Naturaleza
Sus inmutables leyes olvidando
Inclina desarmada la cabeza!

Por ella, las cavernas
Brotaron á torrentes la armonía;
Irradióse la luz de los desiertos,
Y la razon del hombre, ántes cegada,
Columbró ya entreabierta
De los misterios la inviolable puerta.

Por ella, ante el tirano,
Entre los puros labios de la vírgen,
Se hermanaba el dolor con la sonrisa,
Y, cual notas lejanas de un delirio,

Recogió el cielo unidos
El himno de la gloria y del martirio.

Ella, frente á los ojos de un marino,
Trazó aquel derrotero misterioso
Que, en sus garras de rayos, oprimia
El secreto profundo
Que un mundo le negaba al otro mundo.

Ella ahogó el arrastrar de las cadenas;
Hijo de Dios se despertó el esclavo,
Que, al sentirse hombre y grande y redimido,
Alzó á la Libertad el primer canto
Que escuchó el orbe entero estremecido,
Como en dia de gloria
Una diana triunfal de la victoria.

Y ella, para ostentarse ante los hombres,
Llama á aquel Dios que, al realizar su idea,
Sobre el espeso cáos infecundo
Orbitas describiendo que aun recuerda,
En su vértigo eterno, cada mundo,
Hizo que, al oir su voz, anonadada,
Su seno retorciendo,
Paso dejase al sér la misma nada.
Dios á su acento acude,

Inclina la cabeza ensangrentada,
Dobla la espalda herida,
Y, ofuscando á la humana inteligencia,
Se asienta allí radiante mi creencia.

Esa es mi fé, que con orgullo ostento,
Depósito sagrado
Cuyo sublime asiento
Es la cerviz de un Dios sacrificado.

Dios en mi corazon, Dios en mi frente,
Radiosa con la luz de esa creencia:
Esa es mi noble aspiracion ardiente
Que bulle abrasadora en mi conciencia.

¡Esa es mi fé, mi juramento santo,
Ante quien sér é inteligencia postro:
Lo lanzo al mundo.... Si mi fé quebranto,
Lánzeme el mundo su anatema al rostro!

1877

II

¡MADRE MIA!

A MI HERMANO ALEJANDRO

Como en templo cerrado
Que guarda mi destino,
Se esconde, entre las nieblas de mi infancia,
En religioso altar, su sér purísimo.

Si en el combate diario,
Sólo y débil, vacilo,
Las puertas de ese templo se entreabren
Y suspira una voz: "¡Sigue, hijo mio!"

Yo conozco ese acento
Que desmaya en mi oido,
Tierno como el recuerdo de mi cuna,
Triste como el adios para el martirio.

¡Madre, madre adorada:
Siempre luchando vivo!
¿Por qué entónces tu voz me deja solo,
Y, do existió tu amor, hallo vacío?

Ni un recuerdo siquiera
De tu imágen consigo;
Ni una chispa salvada del incendio
Que mi dicha abrasó siendo tan niño.

¡Qué felices los hombres
Que, de sufrir rendidos,
Pueden decir llorando: "¡Madre mia!"
Y fundir su dolor en un suspiro!

Yo nó; yo marcho solo;
Lloro, pero escondido;
Y venero tu sér, cual se venera
El inviolable altar de un sacrificio.

Como el rito mosaico,

Todo misterio y símbolos,
Tu recuerdo sin forma en mi alma engendra
Un culto hácia tu sér, casi divino.

Un culto no me basta:
El templo está vacío;
En los templos, se adora de rodillas,
Y yo quiero tus brazos: ¡soy tu hijo!

Dios te veló, y un culto
Impuso á mi cariño;
Y no hay culto en el mundo sin misterios
Ni altar sin holocáusto y sacrificio.

Madre mia: mis lágrimas
Borren antiguos ritos;
Rasgue tu imágen el sagrado velo;
Brote la luz del fondo del abismo....
.....
.....
.....

El templo del sepulcro
Cerrado está á los vivos....
¡Qué hermosa redencion hallará mi alma
Cuando yo toque los umbrales frios!

Llegaré aun cubierto
Del polvo del camino,
Y te hallaré, al final de mi jornada,
Sentada sobre el borde del abismo.

Por fin entre tus brazos
Descansaré tranquilo
Y verteré en tu seno, madre mia,
El llanto que en el mundo no he vertido.

III

TU Y YO.

Perfume de una flor que, al desprenderse,
Ni una hoja de sus pétalos lastima;
Tibio efluvio de luna de verano
Que en el disco plateado se destila;
Calor de una mirada de ternura
Que atraviesa inocente unas pupilas;
Roce de una alma que, buscando otra alma,
En sí misma sin ruido se desliza:
Eso es tu aliento
Cuando suspiras.

Lágrima que, oscilando sobre el alma,
Se evapora al calor del dolor mio;
Rumor de oleage que, en desierta orilla,
Rueda mugiendo entre escarpados riscos;
Ave que huye y, al volar llorando,
Quiebra la rama en que dejó a sus hijos;
Nota que, al desprenderse de una cuerda,
Deja al pobre laud, temblando, herido:
Eso, tan triste,
Son mis suspiros.

IV

EL DOLOR.

¡Que siga el mundo en su vaiven eterno
Rodando en el vacío!
De léjos lo veré, sin que la bruma
De pasiones que arrastra en su carrera
Venga á turbar el pensamiento mio.
Solo con su memoria,
Lejanos ecos de doliente canto,
El himno oiré de su dolor y llanto
Y, escrita en él, lamentaré su historia.

Allá va el mundo nuestro;
Negro, perdido en los espacios, flota

Con una ondulacion eterna y muda,
Envuelto en gasa desteñida y rota
De esperanzas perdidas y de duda;
Y, sobre todos tétrico y sombrío,
Cerniéndose impasible sobre el polo,
Dolor, el dolor solo
Lo empuja por los senos del vacío.

¡Memorias del pasado,
Vago recuerdo de mi antiguo mundo:
Dejad del globo las espesas nieblas
Do en confuso tropel habeis girado!

Recuerdos de dolor: tocad mi frente;
Tranquilo estoy; mi evocacion ardiente
No es hija ni del odio ni el despecho;
Que llegue á mí vuestra legion callada,
Que, si al tocarlo, lastimais mi pecho,
Un dolor mas habrá.... ¡no importa nada!

Canto al dolor. ¿Sabeis lo que, en el mundo,
Esa palabra encierra?
Yo no lo sé; pero es algo escondido
Que, en su siniestra calma,
Cuando se siente el corazon herido,
Hecha girones nos anuncia el alma.

Nadie cantó al dolor; el aura leve,
Cuando muere la tarde,
A remedarlo en su rumor se atreve;
Busca su ritmo, al suspirar, el ave;
Los bosques, susurrándolo, acompañan
Los gemidos del dia moribundo;
La hoja, que se arrastra, lo murmura;
La noche, al escucharlo, se apresura,
Y nunca aprende su cancion el mundo.
Pero el que siente el corazon herido
Y ahogada en sus recuerdos la cabeza
Oye, en cada latido,
Un canto de dolor y de tristeza.

El dolor no se canta:
Se ve, se sufre y, al cantar, se llora.
De la existencia en la inocente aurora,
La lágrima del niño,
Presagiando dolores, se desliza,
Y, cuando el hombre, pálido, abatido,
Recoge de las manos de la muerte
La última herencia del mortal caido,
Le alza tambien la piedra de su fosa
Una lágrima amarga y misteriosa.

¡Eso es dolor! Nacer entre sollozos,
Vivir entre deshechas ilusiones,
Morir.... Esa es la historia
Del sér fugaz de la mundana escoria.

Mas, hay dolor dulcísimo y tranquilo,
Que el mundo loco á comprender no alcanza;
Dolor que engendra el Dios de la esperanza,
Dolor, sublime anhelo,
Que nace aquí para volar al cielo.

¿Viste una madre contemplar callada
Una cuna vacía
Y una lágrima diáfana, abrasada,
Temblorosa brillar en su pestaña,
Que un algo vago, misterioso, entraña,
Reflejada en su lánguida pupila?
Leed: allí está escrito
Todo un poema de dolor bendito.

¡Cuán dulce es el dolor que, allá, en su aurora,
Encuentra una mujer que lo comprende,
Un ángel, que al llamarla: ¡madre mia!
Lágrimas con su llanto nos alcanza
Y en nuestro pecho enciende
El apagado hogar de la esperanza!

Huérfanos desgraciados:
Vosotros, cuya frente no ha sentido
El puro beso del amor materno,
Primicias del dolor, habeis sufrido;
¡Sabeis lo que es dolor, sin conocerlo!
¡Ah! ¡lo conocereis! Correrá el tiempo
Y en el alma hallareis hielo y vacío,
Cuando busqueis do reclinar la frente
Y una lágrima amiga
Para calmar el desamor impío
Con que el mundo á sus víctimas castiga.
Recordad la cancion del que, en su cuna,
Huérfano se llamó, sin comprenderlo,
Cuando esa dulce aspiracion del alma
Vuestro marchito corazon taladre;
Yo sé lo que es dolor.... ¡yo tuve madre!

Recuerdos de esperanza,
Vago futuro que el espacio pueblas,
Disipad del dolor las negras nieblas,
Que cantar mas el sinsabor no puedo.
Recuerdos de dolor.... ¡os tengo miedo!

¡No mas dolor; el corazon sediento
Tras los recuerdos de dolor y duelo
Para apagar su sed busca consuelo!

Hay consuelo al dolor; mas ¡ay del triste
Que al mundo á demandarlo se ha llegado!
El corazon marchito, envenenado,
Lágrimas sólo implora;
Solo es dado ofrecer llanto al que llora.

Y él no sabe llorar; el mundo rie;
De su consuelo emblema,
Nos brinda su sonrisa,
Mas sonrisa glacial que agosta y quema,
Presagio de dolores,
Sarcasmo helado que nos miente amores.

El no sabe llorar; revuelta orgía,
Eterna bacanal desenfrenada,
El ¡ay! de la agonía
Mezclado con la ronca carcajada,
Como marcha triunfal sus pasos guia.
Mata, envenena, la ilusion sepulta,
Mas ¡ay de los que lloran!
El que llora en el mundo, al mundo insulta.

Mas, es fuerza llorar; entre el violento
Bramar de las tormentas de la vida
El Dios de la virtud y el sufrimiento
Nos ofrece un asilo,

Como Él, nido de amor puro y tranquilo;
Solo, solo en su seno
Podremos dulcemente
Dejar caer la lacrimosa frente.

Despojos del dolor, hijos del mundo:
¡Llorad con la esperanza del cristiano!
Las lágrimas que suben hasta el cielo
Beben en él consuelo,
Y descienden al alma
En nubes frescas de celeste calma.

Recordad que del Cristo
Jamas la risa estremeció los labios;
Fueron rastro de lágrimas sus huellas,
Y dejó sobre el mundo
Su Evangelio de amor escrito en ellas.
Recordad que, admitiendo nuestra herencia,
Sublimando el dolor con su martirio,
Allá, en la cima del Calvario santo,
Una Madre, al llorar, bendijo el llanto.

V

LA INSPIRACION.

Sueños que no se sienten
Y dejan de su vida
La huella que, en las olas,
La imágen de una flor;
Desconocido rastro
Que aun transparenta el alma
Cual guardan las pupilas
Una impresion de amor:

Así es la calma
Del corazon;
Así, al despertar, sorprendo
La inspiracion.

Recuerdos sin imágen;
Ternura sin recuerdo;
Latidos que remedan
El ritmo de un laud;
Lágrimas que no lloran,
Sonrisas instintivas,
Dulce expansion del pecho
Que aspira aroma y luz....

Así es la dicha
Del corazon;
Así suspira en el alma
La inspiracion.

Ansia de ver la tarde
Bajar entre rumores;
Seguir la última crencha
De luz crepuscular;
Donde otros no la vieron,
Buscar la poesía;
Y, en apartados sitios,
Triste y solo vagar....

Así es el sueño
Del corazon;

Así sus lágrimas vierte
La inspiracion.

. . . . . .

Entónces bella es la vida;
El cielo azul se enrarece;
Al ósculo de Dios, se eleva el alma
Y, en transparente sueño, se adormece.

*
* *

Enfermedad sin nombre,
Que, de la sombra, arranca
Oleadas de visiones,
Leyendas sin color;
Palpitacion que imita
Un lento toque a muerto;
De objetos sin espíritu,
Nerviosa animacion....

Así es la fiebre
Del corazon;
Así, en mis vigilias, siento
La inspiracion.

Misterios de elementos
Que no son misteriosos;
Murmullo sordo y raro
De conocida voz;
Revolucion de ideas
Que nacen, chocan, mueren
Como arenal de fuego
En ciega agitacion....

Así es la noche
Del corazon;
Así, en mis congojas, siento
La inspiracion.

Deformes concepciones,
Rostros que el aire engendra
Y, al mas leve ruïdo,
Se disuelven en sí;
Iluminadas líneas
De séres casi informes,
Suspiros, carcajadas,
Entre íntimo gemir;

Así es el vértigo
Del corazon;

Así en mis insomnios siento
La inspiracion.

. . . . . .

Entónces negra es la vida,
Ruga la esperanza el ceño,
Y los engendros de la noche dejan
Los párpados abiertos y sin sueño.

VI

VEINTE AÑOS.

¿Sabes qué son veinte años, alma mia,
Que han pasado por mí?
Veinte años es un sér con la cabeza
Llena de planes, gloria, frenesí;
Llena el alma de fuego, de alegría,
Y una que otra tristeza juvenil;
Lleno el casco de *Patria*, de esperanzas,
Y todo el corazon.... lleno de tí.

VII

BELLINI.

A AUGUSTO V. SERRALTA

Misterio de una música lejana,
Arrullo de una tarde que dormita,
Llanto de un ángel, al helar la muerte
Entre sus labios, la postrer sonrisa;

Latido de dolor de un inocente,
Encarnacion de un rayo de armonía,
Todo se unió y, en la vision de un genio,
En gérmen fué la trasparente AMINA.

Hollando el éter, sin mover sus átomos,
Resbalando en la sombra, sin herirla,
El genio la miró; le infundió su alma,
Y aquel giron de luz latió con vida.

Nació, y envuelta en su cendal de espumas
El ritmo de los átomos bebia,
Y cual absorbe el alma una esperanza
Lo infiltraba en la frente del artista.

El escuchó los ecos de su alma,
Que otra alma de mujer repercutia,
Y al mundo los legó. Murió Bellini
Pero su alma inmortal vive en su AMINA.

VIII

SIEMPREVIVAS.

¡A las flores, emblema de la muerte,
Las llaman *siemprevivas!*....
¿O será porque el vaho de las tumbas
Sus ya marchitas hojas no marchita?

Al no poder llorar, rien los hombres
Y, al mirarlos pasar, causan envidia.
¡Siemprevivas! si el bien tiene su llanto,
Tambien tiene el dolor su amarga risa.

IX

SILENCIO DEL ALMA.

¡Qué buenos son los niños! De ventura
Un mundo en mi niñez forjé inocente;
Y soñé un porvenir léjos rïente
Llamarme y ofrecerme su ternura.

Alma de niño, en mi infantil locura
Creí en la dicha que el placer nos miente,
Y, al ver volar los años por mi frente,
Me gozaba en su muerte y su premura.

No eres ya niño, corazon; perdiste
El candor que brillaba en tu pupila:
¿Y eres feliz? ¿siquiera ménos triste?....

Calla, enmudece el corazon ahora;
Pero, en su amarga soledad tranquila,
Mira hácia atrás, se reconcentra y.... llora.

1874

X

BUSCAD AL ANGEL....

A JUAN R. SALAS E.

Como un gérmen de luz entre un abismo
A intervalos brillaba en sus pupilas;
Y jugaba un suspiro entre sus labios,
O un íntimo dolor, ó una sonrisa.

Miraba cara á cara algun misterio;
Las leyendas del cielo acaso oia;
Y, vagando tras séres intangibles,
Era notas y luz su sombra misma.

Me acerqué. Como avaro su tesoro,
Cual sus hojas la oscura sensitiva,
Guardó su inspiracion dentro del alma
Y el ángel fué mujer, sér de esta vida.

. . . . . .

¿Quereis sublime á la mujer amada?
Alejad este mundo de su vista;
No busqueis la mujer, buscad al ángel,
Que las almas no ven pero adivinan.

XI

FOCOS.

Sentado yo á tus piés, con la cabeza
Inmóvil, apoyada en tus rodillas,
Y bebiendo de tu alma la inocencia,
Asomada en la luz de una sonrisa;

Sentir un cielo de ternura inmensa
Brotar, iluminando tus pupilas,
Y, al vibrar tus suspiros en mi alma,
Sentirla de placer desfallecida;

Respirar tu pureza en tu mirada,
Hasta á mi mismo amor tener envidia,

Angel mio, en mis sueños de poeta,
Así yo concebí la poesía.

*
* *

El roce de dos almas al unirse
En el silencio del amor dormidas
Dejar, abandonado á sus encantos,
Resbalar melodioso por mi lira;

Oir á esas dos almas que se nombran
En íntimo lenguaje de armonías
Y al fin reconocer el alma tuya
Palpitando en la mia refundida;

Oyendo dos latidos de ternura,
Bebiendo toda su cadencia rítmica....
Angel mio, en mis sueños de poeta,
Así yo sé cantar la poesía.

*
* *

Fundir en un suspiro de los tuyos,
Llena de amor, una existencia mia,
Y hacerla resbalar sobre ilusiones
Al empuje ideal de tus caricias;

Velar tu sueño en las calladas horas
Y, á los amores que en tu frente giran,
Decirles que te digan al oido
Mui quedito dulcísimas mentiras,

Eso te ofrece una alma de poeta
Que, llamándote siempre desvalida,
Te nombra en los suspiros de las auras
Por beber, en tu amor, la poesía.

XII

¡PASO!

¡Dios mio, ya veinte años! ¡Cómo quedan
En los brazos sin vida del pasado!
Risa, llanto, placer, gloria, inocencia....
¡Todo es hoy un monton de veinte años!

En él un mundo fermentó de ideas;
De convicciones me dejó su rastro;
Siento bullir anhelos y esperanzas;
Y me siento mayor. ¡Soy mas cristiano!

¡Adelante! De pié sobre las ruinas
De los años de vida que pasaron,
Te ordeno, Porvenir: ¡Paso á la idea!
Firme y tranquilo voy.... ¡ábreme paso!

XIII

EN BRAZOS DEL DESALIENTO.

Reminiscencias del alma,
Melancólicos recuerdos,
Vestigios de un bien perdido,
De mi dicha tristes restos:

¿Qué quereis? Dejadme solo,
No mas desgarreis mi pecho;
¡Idos! ¿por qué así ensañaros
En mi triste desconsuelo?

Si una lágrima á mis ojos
Arrancár es vuestro intento,
Dejadme ¡por Dios! dejadme,
Porque llorar.... ya no puedo.

Ya no lloro; con la dicha
Mis lágrimas se extinguieron.
Niño, el llanto yo esquivaba,
Lo busco ahora.... y no lo encuentro.

¿No veis que el llanto es emblema
De esperanzas y consuelos,
Y mi esperanza vacila,
Mis ilusiones han muerto?

¿No veis mi dicha ofuscada,
Disipados mis ensueños,
Cómo en sus brazos me oprime
La realidad del destierro?

Tuve patria, hogar, amigos:
Ahora, tengo su recuerdo,
Prenda sola, sola y triste
Que de mi dicha conservo.

Tuve un amor ilusorio,
Puro y ardiente misterio
Que los ojos traicionaron
Y el alma guardó en secreto.

Herencia de mi niñez,
Niñez de mis sentimientos,
Luz, calor, vida, armonía,
Del mundo de mis recuerdos.

Todo lo mira mi alma
Como, llorando en silencio,
De una barca que se aleja
Se oye el compas de los remos.

Todo bulle en mi cabeza,
Todo palpita en mi pecho;
¡Por eso me duele tanto,
Que para tanto.... es pequeño!

Dios mio, por ellos paso
Mis largas noches sin sueño;
Entre las risas del mundo
Mi alma vive en un desierto.

¿Y ellos, en cambio, al amigo
Recordarán, de otro tiempo?
¿Por mí alzarán su plegaria,
Como yo la alzo por ellos?

Sí: conservar mi memoria
Al partir me prometieron,
Cariño.... tambien cariño;
Pero están léjos.... ¡tan léjos!

Tan léjos, y estoy tan triste,
Que dudo, vacilo y temo;
¡Lleva un recuerdo á los mios,
Vírgen, madre de los buenos!

Duda cruel que me atormentas
Con tus fantasmas siniestros:
¿Quién eres? ¿quién te ha prestado
Tanta cabida en mi pecho?

Es la voz de la tristeza,
Patrimonio del destierro;
De una alma sola, muy sola
Los mentirosos acentos.

Reminiscencias del alma,
Melancólicos recuerdos,
Vestigios de un bien perdido,
De mi dicha tristes restos.

Santiago, 18 de Abril de 1874.

XIV

EL HIMNO DEL CIELO.

A VICENTE AGUIRRE VARGAS

¡Cuántas veces, perdiendo la conciencia
De que transcurre el tiempo,
Sentimos una vida indefinible
Animar un momento nuestro cuerpo!

Miran sin ver, brillantes las pupilas,
Distante los objetos;
Y, el alma indiferente, no distingue
Ni forma, ni color, ni movimiento.

Se parece á la vida de los niños
Y á la niñez del viejo,
Y, en el sueño tranquilo de la tierra,
Deben soñar así todos los muertos.

Despues de ese intervalo sin carácter,
De vigilia ni sueño,
Vahido de la mente que enrarece
Y hasta disuelve en sí los pensamientos;

Al volver á la vida, alguna lágrima
En mis ojos encuentro;
Lágrima que no llora, y que engendraron
Quién sabe de qué mundo qué misterios.

¿Quién la dejó en mis ojos? ¿qué gemido
La arrancó de mi pecho?
¿Dónde fué mi alma, que volvió con lágrimas
Miéntras estaba yo de llanto ageno?

Quizá, cuando las almas un instante
Abandonan el cuerpo,
Recogen esos llantos de los hombres
Que evapora el dolor en el silencio;

Los suspiros que el mundo no comprende
Y que condensa el cielo,
Los ayes de expiacion que no se escuchan,
Los gemidos ahogados en secreto.

Ese mundo, que vaga por la tierra,
De amargo sentimiento;
Que piensan los felices que se pierde
Mas que no muere, porque Dios es bueno.

Todo vive: las lágrimas del mundo
Son el himno del cielo,
Y, al concluir el festin de los dichosos,
Ese himno se alzará; todos lo oiremos.

XV

VESTALES.

Tomo tus flores secas; pienso y lloro....
Al reclinar en ellas mi cabeza,
¿Por qué siento una almohada de pureza,
De frescura, de aroma, de ilusion?

Es que el recuerdo y el tranquilo llanto,
Vestales que custodian los amores,
Dan vida y dan perfumes á las flores
Que la nieve del tiempo marchitó.

XVI

CANTOS Y PUPILAS.

La noche estaba oscura, muy oscura....
Me dijeron despues que era la vida.
Un rio ví ante mí y, en la otra márgen,
Algo como el fulgor de dos pupilas;
Y sentí de lejanos labradores
La confusa y alegre algarabía,
Y los cantos que, al ir á sus faenas,
Cantan, al hombro las pesadas picas.

Los cantos revelaban una aurora,
La aurora de la dicha.
¿Las pupilas aquellas eran tuyas?
¡Entónces esa aurora era la mia!

XVII

CANTARCILLO.

¡Montañas y montañas!
¡Valles y valles!
¡Tropezar siempre el alma
Con rocas grandes!
¡Qué triste es esto
Donde, entero y sin vallas,
No se ve el cielo!

¡Ah! si vierais mi patria!
Tiene arroyuelos,
Tiene orillas de flores
Y un cielo inmenso.

¡Ah! si la vierais
Con sus colinas verdes
Y sus palmeras!

*
* *

Orillitas queridas
Del Uruguay,
¡Qué lindas las oleadas
Vienen y van!
Se van y vienen
Como al alma la dicha
Que al nacer muere.

Tocan en la ribera,
Suaves murmuran;
Pero se van, dejando
Rumor y espuma.
Así el recuerdo
Es la espuma del alma,
Del hogar léjos.

Besando de soslayo
Las frescas aguas,
Girando revoltosas
Las brisas andan;

Las picaruelas,
Escondiendo la mano,
Tiran la piedra.

Mis visiones de niño,
Como ellas lindas,
Como ellas inocentes,
Fueron un dia..
Niñez y brisas:
¿Por qué siendo tan bellas
Andais tan listas?

Y oleaditas y espumas,
Rumor y brisas,
Me dicen, cuando busco
Dichas perdidas:
Solo las hay
Orillitas queridas
Del Uruguay.

*
* *

¡Qué triste está la tarde!
¡Qué triste el alma!
¡Qué triste ese tañido
De la campana!

¡Ah! no estoy ya
Orillitas queridas
De mi Uruguay.

¡Montañas y montañas!
¡Valles y valles!
¡Tropezar siempre el alma
Con rocas grandes!
¡Qué triste es esto
Donde, entero y sin vallas,
No se ve el cielo!

***

Silencio y desencanto,
Montañas altas,
Y léjos ¡ay! muy léjos,
La dulce patria....
No tengo mas,
Y un recuerdo adorado
De mi Uruguay.

Si pudiera esos montes
Echar muy léjos
Y descoger la sombra
Que enluta el cielo;

Así quizá
Las orillitas viera
De mi Uruguay.

*
* *

¡Adios, visiones locas,
Bellos encantos,
Reminiscencias dulces
De un bien pasado:
Huid, volad!
¡Ay! adios, orillitas
De mi Uruguay!

XVIII

MOISES

(POEMA DE ALFREDO DE VIGNI)

A DON RAMON ANJEL JARA

I.

El sol rozaba con las tiendas blancas,
Su rayo moribundo y declinante,
Cendal dorado que en los aires deja
Cuando, en lecho de arenas, va á acostarse,
Revistiendo su pálido reflejo
La campiña de púrpura y de jalde.

Moises, hombre de Dios, trepa en silencio
De Nebo el monte, en su tristeza grande;
Se detiene, y tranquila la mirada,
Por el vasto horizonte humilde esparce.

Distingue a Phasga envuelta en sus higueras
Y, sentados al borde de los valles,
A Galad, Manases y Efrain mira
Entre vegas risueñas y feraces,
Y, arrullando á Judá, la mar dormida
En sus yermos y extensos arenales.

Mas allá tiembla Neftalí en la sombra
Al rumor de sus tristes olivares;
En su planicie de odorantes flores,
A Jericó abanican los palmares,
Y, hasta Segor sus bosques alcanzando,
Phogor extiende sus colinas suaves.

Vió la tierra feliz que su sepulcro
No admitirá jamas; Moises lo sabe;
Triste miró; su mano á los Hebreos
Tendió potente y prosiguió adelante.

II.

En tanto, el campo de Moab llenando,
Reunido al pié de la montaña santa,
Como mies sacudida por el viento,
Israel en el valle se ajitaba.

Desde la hora en que el prístino rocío
La sed de las arenas fresco apaga,
Y columpia sus perlas temblorosas
Que la noche lloró sobre las ramas,

A hablar con el Señor habia partido
El anciano profeta, triste el alma,
Y, á los rayos de luz de su cabeza,
Seguia el pueblo aun con la mirada.

Moises alcanza la sublime cumbre
Y, á la nube de Dios, su frente horada
Que el monte de relámpagos corona
Y de silencio y misteriosa calma.

Arde el incienso en el altar de piedra;
De las espiras por el sol doradas
A la sombra, las frentes en el polvo,
Los cantares de Dios el pueblo canta.

Los hijos de Leví sobre las turbas,
Con sus arpas, los cantos acompañan,
Entre arenal revuelto, semejando,
Un bosque de ciprés que se levanta.

III.

Y, ante el Dios de Siná de pié el profeta,
Cara á cara le habló en la nube oscura:
—Señor: ¿mi vida inquieta
Jamas acabará? Viví potente,
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra. . . .
¿Qué os hice yo, Señor, para que hicieseis
De mí vuestro elegido?
Vuestro pueblo llevé do lo quisisteis;

Llegó, por fin, al suelo prometido.
De vos á él la mediacion divina
Que otro acepte por mí; que enfrene otro
De ese Israel el indomable potro,
Y yo le lego entónce
Mi libro y mi inmortal vara de bronce.

IV.

¿Por qué quisiste la esperanza mia,
De ser hombre feliz en mi ignorancia,
Desvanecer un dia,
Si desde el Nebo hasta la roca fuente
Tumba no hallé para mi helada frente?
Sabio entre sabios, del errante pueblo
Los pasos dirijí; sobre los reyes
Mi voz hizo llover lluvia de fuego
Y el porvenir múy luego
Arrodillado adorará mis leyes.
Abrí la tumba del mortal primero
Y la muerte, en mi voz, halla un acento
Profético y austero.
Soy grande, soy muy grande....

Mi pedestal coloso,
Que ante mi sér anonadado yace,
Son pueblos y naciones:
Mi brazo poderoso
Generaciones mil hace y deshace.
Viví, Señor, potente;
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

V.

De los cielos penetro los secretos,
Mando á la noche desplegar sus alas
Y á mis ojos prestasteis
La fuerza de los vuestros,
Con que al principio el caos inflamasteis.
Numeré por sus nombres las estrellas
Y, á un leve signo de mi mano alzada,
Cada una se presenta apresurada.
Y mis manos impongo
Del nubarron en la abrasada frente,
Y arranco de su seno

De las tormentas la espumosa fuente.
Entrego las montañas
A las alas sin rumbo de los vientos;
En arenas sepulto las ciudades
Convertidas en yermas soledades;
Es mi planta mas fuerte que el espacio,
El rio de las aguas sin barrera
A mi paso detiene su carrera
Y sus líquidos montes congelados,
Son de mi pueblo colosal palacio,
Y hasta su voz bravía
Calla aterrada al escuchar la mia.
Mi pueblo sufre y vuestras leyes pide;
Alzo mis ojos; vuestro sér sublime
Llena mi sér; y, ante mi voz tranquila,
Se vela el sol, la inmensidad vacila;
Los ángeles celosos
A mi redor anonadados giran
Y os miran y me miran y se admiran;
Y, Señor poderoso,
En mi gloria y poder no soy dichoso.
Me hiciste envejecer grande y potente,
Profunda soledad mi vida encierra,
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

VI.

Así que vuestro soplo
Llenó al pastor en medio á su rebaño,
Los hombres se miraron
Y dijeron: ¿quién es? nos es extraño.
Y los ojos bajaban
Ante los mios do chispeaba un fuego
Que les mostraba en mi mirar sombrío
Algo mas que mi alma,
Mas que el antiguo pensamiento mio.
La amistad y el amor me abandonaron;
Y, temiendo morir si las miraba,
Las vírgenes huian
Y miedosas, al verme, se escondian.
Envuelto entónce en la columna negra
Mi sér olvido, mi esperanza inmolo
Y camino ante todos
Triste en mi gloria y en mi gloria solo.
Y dije al corazon: ¿qué busco ahora?
Para dormir soñando sobre un seno
Mi frente es muy pesada;
Mi mano deja el hielo
En la mano que toca,

En mi acento retiembla la tormenta
Y fulgura el relámpago en mi boca.
Y así, léjos de amarme,
Hélas allí temblando anonadadas
Y, cuando abro los brazos,
Caen á mis plantas mudas y aterradas.
Viví, Señor, potente,
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

VII.

Temiendo el pueblo en tanto
Del Dios celoso las tremendas iras
Oraba, sin mirar el monte santo;
Que, si alzaba la vista un punto solo,
La tempestad bravía
En la nube sus rayos revolvia.
Y sus chispas ardientes
Quemaban las miradas
Y abrasaban las frentes
En el polvo temblando sepultadas.

Reapareció muy pronto
El monte sin Moises.... El pueblo entónces
Al profeta lloró.... Palideciendo
Josué, abrumada la inspirada frente,
Guiaba al pueblo al suelo prometido:
Era ya el elegido
Del Dios de Sabaoth omnipotente.

SANTIAGO, 25 DE AGOSTO DE 1875.

XIX

ODIO Y AMOR.

A RAFAEL B. GUMUCIO

El alma anhela amor: ley es del cielo;
Y anhela aborrecer: ley de la tierra....
Odio y amor, indefinible anhelo
Que, del hombre infeliz, la historia encierra.
Infeliz yo no soy, mas un desvelo,
Una ilusion mi bienestar destierra.
¿Amaré á mi verdugo? Tengo miedo....
Odiar á mi ilusion.... ¡Ah! nó, no puedo!

Y ella acibara sin piedad mi vida;
Es parte de mi sér que lo destroza;
Gime el alma en sus brazos abatida,
Y sufre en el gozar: sufriendo goza.
No puedo amar esa ilusion mentida;
Si la abandono, el corazon solloza;
Ilusion: sufriré tu amor funesto;
Mas sabe que, al amarte, te detesto.

XX

SU RETRATO.

¡Qué bella estás así! ¡Siempre la misma!
¡Siempre en tu labio, juguetona i leve,
Esa sonrisa que á besar se atreve
Tu boca angelical!

Quisiera que á tu imágen adorada
Prestaras tu animada gallardía;
Mas que ella te prestara, vida mia,
Eso que la hace no mudar jamas.

XXI

TUS OJOS.

Si me asomo á tus ojos brillantes,
Tan verdes, tan verdes,
En un campo una estrella caida
Mirar me parece.

¡Ah! si son habitados los astros,
Y en ellos se duerme,
¡Quién pudiera habitar esa estrella
Por siempre, por siempre!

XXII

¿SERA VERDAD?

A veces siento lastimar mi pecho
Un misterioso afan;
A veces un placer desconocido
Llena mi alma de dulzura y paz.

Cuando siento el placer, me hallo pensando
En tí, mi vida, en tí;
Cuando siento el dolor.... no pienso en nada.
.....
¿Será que piensas, por acaso, en mí?

XXIII

IMPOSIBLE.

A CAMILO MUNITA GORMAZ

Dejadme recordar; y en ese limbo
En que agitan sus alas los amores
Y suspiran insólitos rumores,
Que el alma sabe traducir no mas,
Las palmas donde duermen los recuerdos
Abaniquen mi frente soporosa,
Que al beso de su brisa mentirosa
En un seno de amor se dormirá.

¡Qué dulce realidad la del recuerdo,
Vaga ilusion que á otra ilusion imita!
No entiendo al corazon cuando palpita,
Mecido por su aliento celestial.
¡Y me habla tanto en su lenguaje mudo!
¿Cuándo lo entenderé?.... Cuando la vida,
En mundo de recuerdos convertida,
De mentiras engendre una verdad.

XXIV

¡Y NO SENTIAS!

El cielo trasparente de tus ojos
El llanto detenido encapotaba....
¡Qué hermosas se estremecen las estrellas
Sobre el cristal de un lago reflejadas!

Ya no me engañarás, porque ya he visto,
Temblando recatado en tus pestañas,
El precioso caudal de tu ternura,
Condensado, al brotar, en una lágrima.

XXV

EL DIVINO POEMA.

I.

Et incarnatus est....

Oraba; del ángel
Sintió las pisadas
Que el cielo, María
Tan solo escuchó.
Y habló, y á su "*fiat*"
Mayor que el *primero*,
Un Dios humillado
Al mundo bajó.

Bajó y en el vírgen
Materno santuario
El sueño primero
Del hombre durmió;
Y en tanto la tierra,
En sombras flotando,
Seguia, seguia
Su curso veloz.

Y el hijo
Del hombre
Durmió.

II.

Gloria in exelsis Deo....

Llovia; el pesebre
Tan solo abrigaba
El hálito tibio
Del asno y del buey;
Y absorto el anciano
Y absorta la madre
Postrados besaban
Del Niño los piés;

Y el Niño lloraba
Del viento y del frio,
Y el frio y el viento
Lloraban tambien.
Los cielos cantaban,
Los astros crecieron
Y el mundo oyó sones
Ignotos para él.

La aurora
Buscaba
A Belen.

III.

....fuge in Ægiptum.

Se agitan del aire
Los átomos leves
Al roce invisible
De eólica voz;
Todo está en silencio
Del Nilo en la playa:
Están en la arena
Sentados los dos.

Ella, Vírgen madre,
Con su niño en brazos,
Escucha humillada
La eterna cancion.
El la oye arrobado
Y atenta, y sublime
Se agolpa á sus ojos
El alma de un Dios.

Y calla
Del Nilo
La voz.

IV.

Et estupebant in doctrina ejus....

Va triste... Lo ha visto
Llorar Samaría;
Jamas la sonrisa
Sus labios tocó;
Sus ojos consuelan,
Sus labios bendicen,
Y el pueblo lo sigue
Y escucha su voz.

Do posa la planta
La muerte palpita,
Respira misterio,
Predica dolor;
Acoge á los malos,
Bendice á los niños;
Su eterna doctrina
Al mundo arrastró.

Y campos
Y villas
Cruzó.

V.

Consummatum est....

¡Dios... sangre... suplicio,
Fundidos en uno!
¡Misterio que abrasa
La humana razon!
Escrito así estaba:
Palabras eternas
De lo alto del monte
El Padre acogió.

¡El Cristo!... Los orbes
Rodaron sin rumbo;
La eterna armonía
Su ritmo turbó..
La cruz en las sombras
Extiende los brazos.
Silencio tremendo...
¡Ya todo acabó!
Y el último
Sueño
Durmió.

XXVI

LATIDOS.

Es alta noche y mi reloj no calla:
Cuando todo en su paso se detiene,
Sin rumores el mundo y los espacios,
Solo el tiempo no duerme.

¡Ah! marca la distancia de la tumba,
Y ésta camina y es mas corta siempre:
El compas del reloj jamas dormido
Es el vivo latido de la muerte.

XXVII

BUSCANDOLA.

Si veo en otros ojos un reflejo
De su mirada tierna,
Me parece un recuerdo de mi dicha
Que sonrie al pasar ante una estrella.

Si en la noche callada, los rumores
Su dulce voz remedan,
Me parece que en ráfagas de cielo,
Envuelto en luz mi espíritu navega.

Si al suspirar aromas el silencio,
Su aliento á mi alma llega,
Mi alma, en el silencio sumergida,
Cede mi sér á su invisible esencia.

Siempre su idea perfumando mi alma,
Quiero correr tras ella,
Y pienso en Dios para buscar su imágen,
Que encontrarla jamas puedo en la tierra.

XXVIII

REZA.

Reza, niña, al Señor: la madrugada
Reza perfumes é inocentes trinos;
Y al dormirse la tarde entre la niebla
Reza gemidos.

Reza, niña, al Señor: yo tambien rezo.
Ambos somos cristianos desde niños;
¡Cuánto gozo al pensar que en Dios se encuentran
Mi fé y tu fé, tu corazon y el mio!

XXIX

PIENSA EN MI.

¡Dios mio! ¡qué seria de mi alma
En mi triste destierro,
Si no pensara en tí, dulce ángel mio,
Si no fueran mi amor y mis recuerdos!

Si tu alma se acercara al alma mia,
Si tocaras mi pecho....
¡Oh! déjame al calor de mis memorias;
No lo toques aun, le tendrás miedo.

Olvidó las lecciones que aprendia
A la luz de tus ojos, otro tiempo;
Ya no sabe latir, no sabe nada;
No lo conocerás: casi es de hielo.

Hielo en el corazon, y si no fuera
Por el Dios en quien creo,
Temblaria al pensar que tanto frio
Helara en mí la fé de mis abuelos.

. . . . . .

¡Hasta la vuelta! me dijiste un dia.
¿Conoces de *una vuelta* los misterios?
¿Sabes lo que es una alma sin otra alma?
¿Sabes lo que es la luz sin su reflejo?

Pero tú acorres mis insomnios tristes:
Siento tu pensamiento
Batiendo su ala perfumada y tibia
Del desamor sobre el abismo negro.

Siento que las cenizas de mi alma
Palpitan á su alientó;
Y aun espero en un cielo de ternura,
Aun en la fé de las memorias creo.

Piensa en mí, por piedad, amiga mia,
Que, en mi triste destierro,
Solo laten los hielos de mi alma
Al calor de mi amor y tus recuerdos.

XXX

NO LLORES MAS.

Yo no pensaba que tú sufrias,
Que en tu adorado pecho inocente
Van á esconderse las penas mias:
Si es que sufrias,
No sufras mas.

Yo que, en mis penas, sollozo tanto,
Lágrimas tuyas ambicionaba:
Ya sé que lloras, cese tu llanto;
No quiero tanto....
No llores mas.

Yo que te digo: por mí no llores;
Yo que no puedo verte sufriendo;
Quiero que siempre, siempre me adores;
Pero no llores....
No llores mas.

XXXI

MUJER

A FRANCISCO A. FRIAS

¡Mujer, mujer! No entiendo esa palabra,
Nube de misteriosas ilusiones,
Cancion lejana que adormece al alma
Entre perdidos sones
De batir alas, de vibrar suspiros,
Que van y vienen en risueños giros.

Publicada con el seudónimo Julio M. Montero.

¿Habeis visto en la noche, en esas horas
De vida, entre los sueños indecisa,
Vagar entre la sombra, transparente,
Un sér que se bañaba en su sonrisa,
Y, el dedo sobre el labio,
Sus alas blandamente remecia
Y el silencio del sueño os imponia?
Yo lo ví muchas veces, y buscaba
En el mundo de afectos y de ideas
En vano, lo que el ángel me indicaba;
Gloria, placer, quimeras, entusiasmo,
Cruzaban por mi frente,
En un tropel que al corazon ofusca,
Y el ángel me decia: "Busca, busca."

Entre nieblas de sueño, mal velada,
Llegaba una mujer, tan inocente
Como el dulce color de una mirada
Reflejado en el agua de una fuente;
Entónces se extinguia
Del corazon el último latido,
Que en el alma vibraba confundido:
Mi alma y la de ella á otras regiones iban,
Do solo amor colora el pensamiento;
Me embriagaba su aliento,
El ángel se volaba y yo.... dormia.

Es la única leccion que yo en el mundo,
Para saber lo que *mujer* indica,
He aprendido en la vida;
Hija del sueño y, como tal, querida,
Hija de la ilusion y del encanto,
Por eso la conservo,
Y ahora en mis versos de placer la canto.

¡Una mujer! aroma de la vida,
Sér ideal que cual mis sueños amo;
¡Mujer! dulce reclamo
Que el corazon que alienta el sentimiento
Contesta estremecido;
Un corazon fatal que no ha aprendido
A palpitar al par de otro adorado,
Es un pedazo de materia helado,
Pasto del desamor y del olvido.
Fuente que se despeña en el vacío
Sin que una flor se asome á su corriente,
Ni una lágrima ardiente,
Al rodar en su lecho solitario,
Beba en su paso estéril y precario;
Nido de sierpes sin calor ni arrullos,
Arenal sin una ave ni una palma,
Soledad venenosa
Que agosta el sentimiento y quema el alma.

Yo busco en el amor lo que las aves
Buscan en los rumores;
Lo que busca la niebla en la montaña,
Lo que buscan las auras en las flores
Al despertar en ellas los aromas;
El dulce sol de mi adorada patria
Al bajar soñoliento entre las lomas;
Y, en luminosas huellas,
Al enviarse sonrisas las estrellas.

Lo que buscan las olas de la fuente
Al seguirse, besarse y confundirse;
Y las almas errantes de los muertos,
Al hablarse misterios,
En esa luz tan pálida y escasa,
Que en las noches ardientes
De tumba á tumba suspirando pasa.

Yo amo como se ama en un insomnio
El rayo de la aurora;
Como se ama en la vida, un imposible,
Que con tinte sensible
Una ilusion fantástica colora;
Yo adoro en la mujer el alma mia,
Que llena su ambicion de sentimiento;
Me arrebata su imperio

Como atrae y deslumbra al pensamiento
El vértigo sublime de un misterio.

Yo he escuchado en silencio
El roce espiritual de dos suspiros;
Lo que dice y enseña á la conciencia
El aliento tranquilo de la ausencia.

Yo he sufrido al amar los imposibles.
¡Y dura tanto, tanto
Lo que escribe en el alma,
Con letras de dolor, el desencanto!

Los amo aun; yo nunca los olvido,
Porque en la noche triste,
Ornado con sus pálidos beleños,
Me los dice al oido
El ángel misterioso de mis sueños.
En mis ansias de gloria,
Entre el fragor de ideas que combaten,
Una voz de mujer la gloria canta
Como en medio á la lucha
El himno de la guerra se levanta.

Hoguera en donde enciendo mi entusiasmo,
Cielo donde se pintan mis visiones

Region en donde cantan mis pasiones
El himno de la gloria....
Mujer, mujer, no entiendo esa palabra,
Pero el tiempo ha grabado en mi memoria
Que creer, soñar y amar es nuestra historia.

XXXII

ALLA VAN

A FRANCISCO CONCHA CASTILLO

Como negras golondrinas,
Que huyen al venir el hielo
Y, en bandadas peregrinas,
Buscan con inquieto vuelo
Otros climas y otro cielo;
Así vuelan en mis versos
Mis recuerdos y mis penas....
¡Allá van!

En algunas almas buenas
Buscando calor irán.
¡Allá van!

¡Ah! si algun dia llegaran
Y en *sus labios* se posaran
Y en *su seno* se durmieran!
¡Ojalá nunca volaran
Y allí dormidos murieran!
Que de allí recordarian
Los hielos donde han nacido;
Y pues van,
Con el calor de su nido,
A sus nieblas volverán.
¡Allá van!

XXXIII

¡POBRE FLOR!

Yo ví una florecita
Llorar acongojada;
Dolíme de su cuita;
Su lágrima abrasada
Mi pecho contristó.

La dije:—¿Por qué el llanto
Empaña tu corola?
¿Tan bella y sufres tanto?
¿Qué tienes, dí, tan sola?
—Amor.... me contestó.

—¡Amor! ¿acaso esquivo,
El céfiro travieso,
Hoy te ha negado altivo
Su matutino beso?
¿Te hirió con su desden?

—El céfiro me adora,
Coróname el rocío,
Soy del pensil señora....
Y lloro.... porque rio,
Pues *mas allá* no hay bien.

Amor es mi tormento
Porque amo mis amores,
Y vida, amor, contento,
Son sueños seductores
Que halagan y se van.

¿Qué flor, dí, se solaza,
Si este presagio impío
Su pecho despedaza?
Yo lloro porque rio,
¡Dejadme aquí llorar!

. . . . . .

Calló la florecita,
Su tallo ya inclinaba.
¡Tan linda y ya marchita!
Murió cuando lloraba
Su *nada* al presagiar.

¡Placer! Mentira.... duelo....
Dichoso quien alcanza
A vislumbrar el cielo
Y goza en la esperanza
De *eterno* "mas allá."

XXXIV

A UN AMIGO

EN LA MUERTE DE SU MADRE.

En la penosa carrera
Que llaman algunos *vida*,
La esperanza, combatida
Por el mundano vaiven,
Vacila; el alma al cruzarla
Doquier encuentra dolores;
Que hay mas espinas que flores,
Tú lo sabes, yo tambien.

Cuando, al rozar las espinas
De dolor y desencanto,
El corazon duele tanto,
Que brota sangre al latir;
Y mueren las ilusiones
Por no encontrar un abrigo,
¡Qué dulce es un pecho amigo
Que entienda nuestro sufrir!

Que sepa oir el violento
Bramar de las tempestades,
Allá en las concavidades
Oscuras del corazon;
Y amaine los sueltos pliegues
De una esperanza hecha trizas,
Y dé vida á las cenizas
De la perdida ilusion.

Nadie hallarás, pobre amigo,
Que cual yo á tus penas cuadre:
Yo, como tú, tuve madre,
Tuve dichas como tú.
Duerme mi madre en la fosa,
A su lado mi esperanza....
Mas, sonrie á mi confianza
Sobre la tumba una cruz.

Quizá lloras, que con lágrimas
Mi lacerada memoria
Está trazando tu historia
Con aparente crueldad;
No importa: llora las penas
Que te han lastimado tanto:
Sangre del alma es tu llanto
Que no debo restañar.

Y bendice á Dios, que al hombre
Le dió del llanto la herencia:
Tú tienes una creencia
Que bendice tu afliccion.
Llora en brazos de un hermano
Que mucho llanto ha vertido:
No hay hermano mas querido
Que el hermano del dolor.

XXXV

PENSANDO EN LA PATRIA.

A HECTOR PAREJA

¡Silencio!... la campana, con lánguido tañido,
Insólito latido robó á mi corazon;
Su voz lejana ondula, se pierde allá en el viento
Y va con triste acento llamando á la oracion.

¡Silencio que ya es tarde; ya hay sombras, ya no hay dia!
La tarde está muy fria, la noche viene ya;
Doliente muge el viento, las ramas se estremecen,
Los montes se adormecen.... ¡qué triste el mundo está!

Negras están las sombras, como mis negras penas;
Como ellas de hiel llenas avanzan sin sentir;
No sé si su presencia es dulce ó es amarga,
Si lo que al alma embarga es goce ó es sufrir.

Semeja á la lejana, perdida melodía
Que, apénas se extasía, ya pierde el corazon;
El alma languidece, mas busca aquel concento
Que infunde desaliento, placer y desazon.

Yo entónce estoy muy triste y anhelo esa tristeza,
Inclino la cabeza, me reconcentro en mí;
Muy léjos vaga mi alma, se aduerme, se extasía,
Pues, ¡dulce patria mia! Yo pienso.... ¡pienso en tí!

La lágrima furtiva que entónce se desliza,
Un poema simboliza de inextinguible amor;
Un *mundo* de recuerdos, de dulces emociones,
Un *cielo* de ilusiones, de celestial color.

¡Ah patria, patria amada, sin par Montevideo,
Flotante yo te veo sobre el rizado mar,
Cual vírjen vaporosa que de las crespas olas
Sentada escucha, á solas, el lánguido arrullar!

¡Cuán bella estás tendida del Plata entre las brumas,
Congelacion de espumas envuelta en leve tul,
En lánguido abandono, mirando dibujadas
Visiones encantadas en tu horizonte azul!

Visiones vaporosas de paz y de bonanza,
Radiantes de esperanza, de fé en el porvenir,
Que esconden en el cielo sus formas indecisas,
Y anhelan tus sonrisas para llegarse á tí.

Entónce estás muy bella, vírjen amor del Plata;
Mi pecho se dilata, se ensancha el corazon,
Que olvida la distancia, desdeña los pesares,
Y entre los patrios lares realiza su ilusion.

¡Ah patria! en tí se encierran mis glorias ideales,
Ensueños celestiales que halagan mi existir;
Un tiempo acariciaste mis sueños infantiles
Y hoy dichas juveniles me incitas á finjir.

Si á ingratitud y olvido tan solo mi alma aspira,
Yo busco esa mentira, yo anhelo ingratitud;
Si miente la inocencia, si hasta el cariño miente,
No existe un inocente.... ¡mentira es la virtud!

Mas, nó, patria querida, que tu recinto encierra
¡Tanto ángel de la tierra que piensa quizá en mí!
Por eso tu recuerdo es mi adorado encanto,
¡Por eso gozo tanto, pensando, patria en tí!

¡Adios, Montevideo, fugaces ilusiones!
Ya negros nubarrones nos vienen á alejar;
Los Andes se interponen y claman á mi oido:
¡Ah! no eches en olvido.... ¡que atravesaste un mar!

¡Un mar! en él gimieron mis sueños de bonanza;
Fluctuaba mi esperanza cuando te dije: ¡adios!
Adios patria adorada, dormido entre estos valles,
Siempre que solo me halles, verás que pienso en vos.

....

¡Silencio!... la campana, con lánguido tañido,
Insólito latido robó á mi corazon;
Valles, montañas, sombras, frio, siniestra calma,
Tristeza aquí en el alma.... ¡Todo triste, por Dios!

SANTIAGO, 1874.

XXXVI

¿TE ACUERDAS?

¿Te acuerdas? Te encontré por el camino;
Niño lloré de amor, ¡ya te queria!
Y ahora sin tí, con solo mi destino,
¡Quién me diera llorar como ese dia!

Yo te adoré; mis sueños comprendiste;
Tú.... eras mujer....
No exijo tu cariño.
Mas, ¡ten piedad de la inocencia triste,
No despedaces mi ilusion de niño!

XXXVII

¡PATRIA MIA!

I.

¿De dónde vienes, pabellon sagrado,
Bicolor de mi patria?
¿A dónde vas? ¿Qué buscas? ¿Quién te envia?
¿Acaso el alma de la patria mia
En tus pliegues radiantes escondida
Viene á templar mi pecho acongojado,
Viene á inflamar mi inspiracion dormida?
¿No peleabas ayer? ¿Hoy no peleas?

Escrita para un folleto publicado con motivo de la Exposicion de Santiago en 1875, é intitulado El Uruguay en la Exposicion de Chile.

¿No acabo de escuchar el vocerío,
El fatal alboroto
Que entre el polvo y el humo se levanta,
Do tu jiron flotaba
Ensangrentado, desteñido y roto?
Genio inmortal que riges las batallas:
¡Tú tambien como bueno,
Tú radiante de paz, puro y sereno,
Al fin luchando para el bien te hallas!
¡Gran Dios, cuánta alegría!
Casi no te conozco, patria mia.

Ese jiron de tu bandera roto
Que se ostenta del bien en el torneo,
Mi corazon ensancha;
Hoy en la fé del patriotismo creo;
Yo cantaré la aurora en que te veo,
Yo lloraré la sangre que te mancha.

Patria, feliz me siento;
Tu nombre en mi alma es abrasado rayo,
Que funde un corazon, forjando un mundo
De entusiasmo, de fuego y de cariño:
Para cantarte á tí.... ¡soy uruguayo!
Para llorar por tí.... ¡me siento un niño!
Y si el lloro pueril ante el recuerdo

De una patria adorada
Viene á mezclarse á la chilena gloria,
Tambien verá su historia
Con la de un pueblo varonil trazada;
Si legaron á Chile sus mayores
Con el sér de la edad la fria calma,
Mi patria nació jóven; su ardimiento,
Crímen fué de su edad, no de su alma.

II.

Sonó la redencion de un continente:
Un rumor de cadenas que se roen
Se oyó confusamente
Cual gérmen de tormenta
Que nace, crece y que fatal revienta.
El siniestro presagio
Fermentó, reventó. Tembló la esfera
Al ver que aquel volcan hecho pedazos
Mostró en su cráter y en su lava hirviente
Que alentaba en su seno, en vez de esclavos,
Cada pedazo una nacion de bravos;
Y de aquella vorágine potente

Sér colosal, que concibió un delirio,
Fundida en los crisoles del martirio,
De América surgió la libre frente.

Mi patria allí nació: tambien tú, Chile,
Peleaste como bueno;
Mas en el campo de la lucha noble
Dejaste todo el odio de tu seno.
Tu herencia recogiste, y sobre el Ande
Plantaste tu vivac; cesó la lucha,
Tu gloria no fué efímera; no lampos
De dicha te alumbraron,
Tu potro refrenaste
Y sin riendas cruzó libre tus campos.
Y tu casco, tu adarga, tu celada,
Tu lanza enmohecida,
Colgados en tus árboles frondosos,
Al arado y al riel dejaron paso;
Y el férreo anulador de la distancia
Unió tu idea del oriente á ocaso.
La estrella de la paz sobre la frente
Y el vapor revolcándose, mugiendo,
Bajo tu pié, domesticado y mudo,
Tranquila la conciencia
Escribiste en tu escudo:
DIOS Y LA LIBERTAD; PAZ Y CREENCIA.

Con fé en el porvenir, lleno de vida,
Miraste con la frente iluminada
La frenética y loca polvareda
Que, en lucha fratricida,
Levantaba de pueblos desgraciados,
Entre horror y baldones,
El nefando tropel de los bridones.
Esa, Chile, es tu historia;
Quien tiene corazon, la llama gloria.

Pabellon bicolor: habla á la patria;
Haz que cesen los odios que la oprimen;
Has visto libertad, viste su fruto;
¡Ah! ¡no es valor el que alimenta el crímen!
La paz le exige su filial tributo.
Dile que al fin comprenda
Que hay un pueblo viril sin sangre y luto.

Comprenderlo sabrá la patria mia.
¿Qué en su frente no arde
Una chispa de fé? Quien no la alienta
Es un pueblo cegado, es un cobarde.
Y cobarde.... ¡jamas! Guarde el olvido
Un pasado que fué y en él se pierde;
Pasado criminal que infama y mancha
Al rencor que cegado le recuerde.

Los culpados ¿do están? Ya no nos toca
A nosotros hablar; ¡miente el que falle!
Un crímen á otro crímen amontona:
La Patria los perdona.
Olvide el corazon, el labio calle;
Y un pasado de sangre vergonzoso,
Que cruzó envenenando nuestro suelo,
No empañe un porvenir que luce hermoso;
Y si hubo criminales.... ¡juzgue el cielo!

Y si un pueblo de glorias se alimenta,
Conquiste gloria, no rencor y muerte:
Los triunfos y victorias
Que de época infeliz la Patria cuenta,
Fueron glorias de horror.... ¡no fueron glorias!

¿Qué buscas descompuesta y jadeante
En ese campo de funesta lucha?
Mira que acecha tu desgracia el crímen,
Tente un momento.... ¡la ambicion te escucha!
.....
.....
¡Esclavitud!.... delira quien te nombra.
¡Cuán dulces ante tí son guerra y muerte!
Ante tí se levanta en tropa inerte
De nuestros padres la tremenda sombra.

¡Ah, nuestros padres! Al legarnos patria,
Nos legaron su indómita altiveza,
Y un lecho de laureles
Donde, en sueño de paz y noble orgullo,
Reclinemos radiante la cabeza.

¡Durmamos ese sueño de los pueblos,
Para soñar de Dios y del trabajo,
En las santas victorias!
Duerman en nuestros pechos los recuerdos
De las sangrientas glorias,
Como duermen los rayos en las nubes,
Cuando flotan serenas;
Cual duerme la tormenta entre las ondas,
Cuando murmuran palpitando apénas;
Como duerme en la vida
El gérmen de la muerte.
¡Ay del que turbe el sueño de los pueblos,
Y esos recuerdos de valor despierte!

El salmo legendario de la gloria
Nuestra cuna arrulló con rudas notas,
Y con cadenas rotas,
Trazó la libertad sobre los campos
La heróica introduccion de nuestra historia.
El mundo, patria mia,

El sello de esa gloria ve en tu frente.
Puedes dormir el sueño de los pueblos....
Puedes soñar un porvenir radiante,
Que el bautismo de sangre de la gloria
Te lo dieron tus padres, y es bastante.

Si arranqué de mi lira tu desgracia,
El mundo comprendió que tu cabeza
Se inclinó ensangrentada
Bajo tu misma varonil audacia,
Bajo el peso fatal de tu grandeza.

¡Libre te ostento ante la faz del mundo!
Tu nombre con orgullo,
Hago que grande entre mis labios vibre;
¡Lloré las faltas de una patria jóven!
¡Canté las glorias de una patria libre!

XXXVIII

LA SOMBRA NEGRA.

I.

En las noches de mi alma,
Tristes como las noches de la tierra,
En el eterno insomnio de su vida,
Se agita la conciencia.

Allá en las altas horas,
Hundida en las almohadas la cabeza,
Con un libro en la mano, que no leo,
Me agito en vela.

La luz en las paredes
Se difunde amarilla y soñolienta,
Y envuelve en sus aureolas los objetos
Que entre ellas tiemblan.

La forma de mi cuerpo,
En la pared cercana se proyecta,
Y la veo tendida al lado mio
Rígida y negra.

Siempre unidos se agitan
Mi triste insomnio y el insomnio de ella,
Y una voz sin sonidos dice á mi alma:
¡Es tu conciencia!

En vano me revuelvo
En mi deshecha cama por no verla....
Clavada en la pared, siempre me hallo
Solo con ella.

II.

Los recuerdos de niño,
De mis años perdidos de inocencia,
Como un duro reproche,
En la negra silueta se condensan.

Y por eso en mis noches,
Tristes como las noches de la tierra,
Tiemblo, al mirar de mi tendido cuerpo,
La sombra negra.

III.

¡Ah! ¡Dejadme recuerdos!
Volvedme una hora sola de inocencia
Y de mi vida y juventud los años,
Tomadlos todos, si es que alguno resta.

XXXIX

PONTIFICE Y REY.

I.

"¡Sús, á caballo! Donde no halleis mundo
Tened solo las riendas!
¡Alzad, valientes hijos del desierto;
A plantar vencedoras nuestras tiendas
En las tristes orillas del Mar Muerto!
¡Adelante, adelante,
El *azote de Dios* va con nosotros,
No ha de brotar la yerba

Leida en la Asamblea Católica, celebrada en Valparaiso en conmemoracion del 50º aniversario de la exaltacion al episcopado de Pio IX.

Donde fijen el casco nuestros potros!
¡Sús, hácia Roma! Al son de nuestros pasos
Un trono consagrado se derrumba,
Un Pontífice tiembla, y entre ruinas,
Ve abierta ya su tumba.
Quiero cantar en su vencida frente
El himno de mi gloria y mi venganza,
Y en su sangre caliente
Calmar su sed la punta de mi lanza."

Dijo Atila y partió como el cometa
Que arrastra de sí en pos, hordas de fuego
Con que describe su órbita secreta;
Y el rastro de sus huellas,
Deja á la tierra presagiando muerte;
Y temblando de miedo á las estrellas.
Rodaron como arena en el desierto,
Las hordas, por los campos incendiados....
Voló Atila adelante,
Y cual cráter fatal que se desploma,
Su potro desbocado y jadeante
Saltó los muros de la eterna Roma.

Lo esperaba el Pontífice sereno....
Las hordas al galope atropellaron,
Y del mundo á la faz, de espanto lleno,

Pontífice y salvaje se encontraron.
¡Y el bárbaro tembló!.... Sus ojos fieros
Ante los ojos tristes del anciano,
En el ceño rugado se ocultaron,
Y en las órbitas negras
Sus pupilas fosfóricas chispearon,
Como en el fondo de un abismo eterno
Brilla feroz la risa del infierno!....

Tembló.... Su fuerte lanza
Abrasando su mano,
Sin herir se arrastró por vez primera;
Y su guerrero acento,
Débil se alzó, turbado y soñoliento.

Las hordas se perdieron entre el polvo,
Como mies sacudida por el viento,
Y el hijo del desierto y de la guerra
Fué despechado y solo,
En los hielos del polo,
A esquivar el sarcasmo de la tierra.

II.

Y pasaron los tiempos.... De las nieblas
De años envueltos entre oprobio y gloria,
Alzaron la cabeza
Genios que amamantaba la victoria.
Pronunciaron sus nombres:
La tierra enmudeció, besó sus manos,
Con el peso fatal de los laureles
Sintió oprimir sus lastimados hombros,
Y en silencio miró que los tiranos
De tronos humeantes con escombros,
Amontonaron su dosel funesto;
Y, agria la frente, desdeñoso el gesto,
Los reyes á sus piés encadenaron,
E insultando á la tierra,
En su cerviz altïvos se sentaron.
¡Y la tierra calló! Ellos en tanto
Miraron el abismo de los pueblos,
Y el vahido del vértigo
Cegó sus ojos con espesa sombra,
Al ver desde su solio,
Limitando su altiva omnipotencia,
Sobre el mundo inmortal de la conciencia,

Aun alzarse radioso el capitolio.
Una idea mortal cruzó su frente....
A su empuje las puertas
Crujieron entreabiertas
Del alcázar del Dios armipotente.
Penetraron triunfantes,
Mas, al tender sacrílega la mano,
Las armas se cayeron
Y las alas del genio se quebraron....
¡Genio, gloria y poder se derrumbaron!

¡Oid!.... Eco lloroso,
Aun en los mares suena
El canto funeral, lento, nervioso
Del sauce de una tumba en Santa Elena.
Sombra de Napoleon: alza la frente;
No por triste y vencida
Mi voz le inferirá cobarde agravio;
Que, al llenar reverente
El alto sacerdocio del poeta,
Sin odios y serena la difundo;
Que no tiembla mi labio
Ni evocándote á tí ni hablando al mundo.

Habla, dí si es verdad que el anatema,
Estigma eterno que marcó tu frente,

Heló en tus sienes la fatal diadema,
Como el ósculo frio de un cadáver
Alzado entre las nieblas del oriente.
Si al extender tu mano hácia el santuario,
No miraste en las nubes que lo envuelven,
Iluminarse con rojiza tea,
Seguirte en la pelea,
Hacer desfallecer tu alma gigante
De Waterloo la sombra amenazante;
Y en las nieblas del Vístula sombrío
Arrastrar los jirones de tu gloria
El genio del sarcasmo en el vacío.

III.

¿Y habrá quien llegue á golpear de nuevo
Hiriendo con el pomo de la espada
Esa puerta de Roma, custodiada
Por severos vestiglos
Que levantan sus frentes
Del polvo misterioso de los siglos?
Me responde el cañon.... Gritos de guerra
En el aire se chocan confundidos;

El cielo con la tierra
Aparecen unidos
Por nube enrojecida, cuyo seno
Una tormenta abrasa
Y el rayo reventando despedaza.

Entre el polvo y el humo
Roma levanta la sagrada frente
Y el Pontífice anciano abandonado,
Ceñida con espinas la cabeza
Al lado de los hijos que le quedan,
Alza al cielo los brazos
Y escucha la llanura estremecida
Por roncos alaridos
Que gritan ¡libertad! ¡Italia unida!

¡Libertad, Libertad! ¡Santa palabra
Que adora el alma mia!
¿Siempre has de ser la máscara cobarde
Donde esconde la faz la alevosía?
¿Hasta cuándo tu nombre
Gemirá profanado,
Siempre en sangre empapado,
Siempre nuncio de ira,
Siempre hermanado en el oscuro labio
Con el crímen, la audacia y la mentira?

¡No puede ser! El dogma de los libres
No apadrina la audaz hipocresía,
Y jamas el puñal del asesino
En sus pájinas santas,
Con la sangre de pueblos ni de reyes,
Escribió ni una sola de sus leyes.
¡Ah! ¡no mintais, no blasfemeis, cobardes!
La libertad se mancha en vuestros labios,
Que asaltar á un anciano abandonado,
Crímen es de vosotros solamente,
No de la libertad, que en las batallas,
Noble en sus iras, levantó la frente.

¡Ah! ¡no mintais! Ayer sobre ese muro,
Que asaltais con intrépida arrogancia,
Mirásteis en silencio
Libre flotar el tricolor de Francia.
Y ante el mundo hoy alzais vuestro trofeo
Al oir á lo léjos
De Sedan el sangriento clamoreo.

Valientes de la causa de los buenos:
¡Roma, Roma por todo!
Del mundo defendeis la santa herencia,
Y el mundo ya os levanta
Un magnífico altar en su conciencia,

¡Sois los ménos! No importa; allí se muere....
A morir como buenos.... ¡Dios lo quiere!
¡Si no teneis victoria,
Ceñirán vuestras frentes de soldados
Pólvora y humo y redencion y gloria!

IV.

El polvo del combate se disipa,
Apaga el bronce su clamor de muerte,
Y entre la grita inmensa de la turba,
Mudo contempla el cielo
Rodar el trono santo por el suelo;
Y el mundo no vacila
Al mirar sobre el muro profanado
Flotar audaz el pabellon de Atila!

¡Y tú callas, Señor! Presta á mi acento,
Para volver al mundo su esperanza,
Un eco del aliento
Con que en Siná vibraron
La voz de tu poder y tu venganza!

....

De pié sobre las ruinas de los siglos,
Con la fé del Señor en la conciencia,
Hablo al mundo tranquilo,
Que al llenarme la luz de mi creencia,
Jamás tiembla mi voz, jamás vacilo.

Hombres de hoy, ¡mirad á vuestro mundo!
El Pontífice santo
Dobla oprimida la cabeza cana,
Y el hierro del tirano
Ahoga su voz, al implorar al cielo,
Y al bendecir al mundo, ata su mano;
Mirad de los puñales y la injuria
Los sacerdotes del Señor huyendo;
Y al son de libertad de los malvados
El templo y los altares profanados.

¡Ay de Jerusalen! clamó el profeta;
¡Ay de Jerusalen! cumplióse el fallo;
Y hoy tranquilo el poeta,
Del negro porvenir abre la puerta,
Sacude al mundo con nerviosa mano
Y le grita su voz: ¡mundo, despierta!

V.

Al traves de las sombras nebulosas,
Unido al porvenir palpitar veo,
Escrito con estrellas misteriosas
Lo que ante el mundo arrebatado leo:
Sobre ese templo que el orgullo impío
Insultando á la tierra, ha levantado,
Crecerá espesa yedra
Que hará brotar la maldicion del mundo;
Del muro que á su crímen ha amparado
No ha de quedar ni piedra sobre piedra.

¡Ah! Los tiempos vendrán, porque está escrito,
Pontífice inmortal, ilustre Pio,
En que la tierra besará tus huellas,
Y tu nombre gigante
Brillará, avergonzando á las estrellas.

¡Yo amo tanto tu nombre!
¡Tu noble ancianidad venero tanto!
No me es dado por tí, verter mi sangre;
Mas vierto al ménos mi oprimido llanto.
¡Ah! si pidiera sangre tu corona,

Por ceñirla á tu sien encanecida
Vertiera el pecho mio
Toda la que sedienta de martirio
Aliento en los raudales de mi vida.
¡Qué feliz si en el campo de la gloria
Fuera el ¡ay! de mi muerte
La gran diana triunfal de tu victoria!

XL

ERA TARDE....

Era tarde. De un salmo lejano,
Aspiraba el compas religioso;
E impregnado de su alma inocente,
Lo espiraban mas puro sus ojos.

Las estrellas reian en ellos
Cual de un lago tranquilo en el fondo;
Y pasaban las nubes tan leves
Como dulce vision de un insomnio.

¡Quién pudiera infiltrarse en silencio,
En un salmo de amor cadencioso;
Absorber el perfume de su alma
Y morir palpitando en sus ojos!

XLI

AL PIE DE LA CRUZ.

AL SEÑOR Pbro. DON ALEJANDRO LARRAIN

Mulier: ecce filius tuus!

¡Mujer y nada mas! Vírgen preclara,
No solo son las turbas tu verdugo;
El hijo que agoniza,
El mismo que viviera de tu vida,
El tambien tus tormentos acibara;
El quiere que su triste despedida,
El ¡ay! de su agonía,
Tambien tu puro corazon taladre,

Negándote al morir, pobre María,
Hasta el nombre dulcísimo de madre!

Sufre mujer; la copa hasta las heces
Del sufrimiento apura;
Ya que el pecho no ablanda del verdugo,
Rompa las piedras tu lamento triste
Que á confundirse irá del pueblo impío
Con las risas é infame vocerío.

Esos ¿los ves? que tu dolor insultan,
Esos tigres que á tu hijo despedazan,
Son los hijos que lega á tu cariño
Aquel divino niño
Que madre, en tu regazo, te llamaba
Y que ahora moribundo,
Mujer, te dice, y te abandona al mundo.

¿Los quieres? Esos son; ellos, tus hijos
Sus ojos son de hienas;
Respira su mirar odio y venganza,
Sus almas son ajenas
De virtud y de amor y sentimiento
Y esa sangre caliente
Que salpica su rostro degradado
Es la sangre del Cristo inmaculado.

¿Los oyes? te acarician;
Sus blasfemias afectos son de su alma,
Son cariños sus lúbricas miradas
Y te prestan consuelo
En su befa y escarnio y carcajadas.

¿Su triunfo no te ofrecen? Pues triunfaron;
Su botin es el cuerpo destrozado
Del rey de los Judíos
De tu hijo, del vencido Galileo,
Y de tu alma divina
Los jirones sangrientos su trofeo.

¡Pobre Vírgen! Señor: piedad para ella,
Miradla lacrimosa,
Sola con su dolor y su querella,
Tan inocente y pura
Al pié de ese madero ensangrentado,
El pecho desolado
Respirando dolor y desventura,
Viendo á la muerte que en sus fieras sañas
Le arrebata la flor de sus entrañas.

Señor: ¿en dónde estás? lloran las piedras,
Se enluta el sol, las tumbas se estremecen,
Los astros palidecen,

El Angel gime y triste y reverente
So el ala esconde la angustiada frente,
¡Y tú, Señor, velado en el misterio
Y en profundo silencio sumergido!
¿No conoces, Señor, al santo ungido?
A tu esposa adorada
¿Ni un consuelo le das, ni una mirada?

Adopta á sus verdugos,
Hijos de maldicion y de pecado
¡Y tú, Dios poderoso,
Encerrado en silencio misterioso!
Señor, Señor, tu nombre no denigres,
Con el *sí* de María
Será tu Cristo hermano de los tigres.

. . . . . .

. . . . . .

El *sí* inundó los labios de la santa;
La madre del Eterno
Quiso ser, pues al Cristo así le plugo,
Madre del hombre, su fatal verdugo;
Y el hombre en cambio, del divino pecho
La última gota de la sangre augusta
Que una madre cual ella nos alcanza,
Hizo saltar al bote de su lanza.

¡El cordero espiró! Murió María
Su pecho de dolor atravesado.
Ora en su trono están ¡ay del culpado!

Hombres: temblad; ya marca vuestra frente
El estigma terrible del deicida.
El silencio acabó del Dios potente
Y la sangre del Cristo derramada
Clama venganza y quedará vengada.

Mas luce en el Calvario una esperanza;
Que en su cima, del mundo abandonada,
Con los brazos divinos siempre abiertos,
Nos quedan una cruz ensangrentada,
Y el seno de una madre cuyo nombre
Dios renunció para legarla al hombre.

SANTIAGO, 22 DE MARZO DE 1875.

XLII

YO LO SABRE.

Siempre que de mí te acuerdes,
Yo lo sabré por las huellas
Que mi alma, al cruzar por ellas,
Deja en tus pupilas verdes.

Los afectos de tu alma
Tanto allí se transparentan,
Como del mar verde en calma
Las piedrecitas se cuentan.

Como se encuentra en un prado,
De alguna extraviada cierva,
El leve rastro en la yerba,
Despues que en él ha cruzado.

Por eso no me recuerdes
Con desamor, amor mio,
Porque afeará tu desvío
Tus lindas pupilas verdes.

XLIII

EL POEMA DE LAS HOJAS.

A CARLOS WALKER MARTINEZ

I.

La Luna.

¡Qué hermosa noche! Del celeste lago
La luna besa la oriental ribera;
Rompiendo espumas de tranquilas nubes
Y hendiendo luz á navegar comienza.

Parece que en su idioma de sonrisas
Conversan animadas las estrellas,
Y su historia de luz y sus amores
A nuestra tierra palpitando cuentan.

Parece que entre el cielo y nuestra vista
Ni un átomo sin luz se interpusiera,
Y al beso de una noche de misterios
El lago, el bosque y la ilusion despiertan.

II.

El Lago.

¡Luz! ¡cuánta luz! Del lago entre las ondas
Haces de luz sus leves hilos quiebran;
Las oleadas bebiéndolos sonrien,
Y entre ellos retorcidas juguetean.

Tambien tienen amores. Por guardarlos
Medio escondidas, en tropeles ruedan,
Y en su líquido lecho nos ocultan
De su vida las íntimas leyendas.

Mas descubren su amor y su destino,
Y sus dolores sin saber nos cuentan,
Al llegar murmurando hasta la playa,
Y morir sollozando entre la arena.

III.

El Bosque.

Cual jiron del cendal de alguna loca
Que cruza silenciosa la arboleda,
Se desgarra en los árboles del bosque
De luz de luna la primera crencha.

Se esparce, se adelanta, enciende el aire,
Dibuja sombras en la verde yerba,
Se apodera del bosque y sus misterios
Y al aire desaloja á viva fuerza.

¡Luz! ¡cuánta luz! El corazon del bosque
Arde empapado y sumergido en ella;
Palpita luz, que en aureolas blancas,
Circula blandamente entre sus venas.

Y el tirano del bosque el cierzo frio,
Huye vencido y su venganza espera....
La aurora de la noche lo sucede,
Su tibia luz en sus dominios reina,

Como al romperse la onda en una roca,
Satura el aire de revuelta niebla,
Que con la luz, parece en miniatura
Una fatal revolucion de estrellas.

Los rayos luminosos en las hojas,
En las ramas y troncos juguetean;
Y saltan de una rama á la otra rama,
Y salpican de luz la húmeda yerba.

En los ancianos troncos se resbalan,
Y se incrustan riendo en su corteza;
Y entre afables y sérios, de los rayos,
Los troncos los vejámenes toleran,

Como el anciano que en sus graves canas,
Con faz casi risueña y casi séria,
Queriendo y no queriendo resistirse,
Ve retozar á las pequeñas nietas.

IV.

Las Hojas.

Despiertan ya las hojas, de los rayos
Al calor de las nítidas ternezas,
Y al roce de sus besos luminosos
Sonrien de placer y de amor tiemblan.

Y comienza en el bosque solitario
De las hojas el cándido poema,
Que flota entre sonrisas y rumores
Y aspira luz y se sumerge en ella.

La tierna juventud, hija del bosque,
A sus ensueños y á su amor se entrega.
¡Pobres hojas; amad, es vuestra historia!
De la vida gozad la primavera.

¡Cómo á los rayos sus amores dicen!
¡Cómo inocentes sus designios cuentan!
¡Cómo sueñan en brazos de la dicha,
Transcurrir entre luz la vida entera!

Mas, su ruta tranquila hácia el ocaso
La madre luna silenciosa lleva,
Y los rayos miedosos á su seno
Uno á uno ligeros se repliegan.

¡No os vayais, por piedad! claman las hojas;
¡No nos dejeis tan solas en la tierra!
Es en vano; entre lágrimas amargas,
El postrer beso de la luz resuena.

Los viejos troncos á su sueño vuelven
En sosegada paz y calma quieta;
Las hojas tiemblan al mirar al frio,
Que al verlas solas con furor se acerca.

Llega por fin, á sus dominios torna,
Y su derrota con las ramas venga;
Las sacude y despoja de sus hojas,
Que gimiendo espirantes se revuelcan.

No hay piedad; nadie escucha sus lamentos,
La luz ingrata en otros bosques juega,
Y el cadáver envuelve de las hojas,
La mortaja fatal de las tinieblas.

¡Pobrecillas! Los troncos ya dormidos
Nada en su abono por piedad alegan;
Y las dejan morir una tras otra,
Y sus ensueños y su amor con ellas.

Llega la aurora, y el cadáver frio
De las que fueron hojas, solo encuentra,
Y bañadas en lágrimas amargas
A las que vivas en el árbol quedan;

Porque ven el destino de su vida
Al ver rodar sus compañeras muertas,
Que ni tumba tranquila hallarán nunca
Donde dormir el sueño de la tierra.

V.

Las Almas.

¿Quién al ver en los surcos del camino
Las pobres hojas que los vientos llevan,
De una vida de amor y de ilusiones
Verá la triste huella?

¡Cuántos hay que, al mirar las amarillas
Hojas que se revuelcan,
Solo ven la venida del invierno,
Del seco bosque en las dolientes quejas!

¿Que habrá quien no perciba
Ese poema de las hojas secas?
¿Que habrá almas tan pobres que no tienen
Invierno y primavera?

XLIV

LAS NEGRAS SILUETAS.

I.

Sobre el fondo violado de un relámpago
Rápida se proyecta
La silueta sin formas de una nube
Tempestüosa y negra.

Una mancha semeja sobre el pálido
Rostro de alguna muerta;
O el punto negro de contornos ígneos,
Que al ver el sol en nuestros ojos queda.

II.

En el fondo de luz de mis recuerdos,
Se dibujan mis penas,
Como en la luz fosfórica del rayo
Las nubes de tormenta.

Yo el porvenir arranco del pasado;
Me es familiar la tempestad siniestra:
No temo mis recuerdos, ni en su fondo
Las negras silüetas.

XLV

EL ANGEL DE LOS CHARRUAS.*

Era el ángel transparente
Que el indio libre adoró;
Rayo de un astro doliente,
El último ¡ay! inocente
De una raza que murió.

I.

Fria cruzaba la brisa
Sobre un humeante chal;
Oreando sangre, de prisa,

* Tribu indígena que ocupaba una gran parte del territorio del Uruguay.

Fria cruzaba la brisa
Como la hoja de un puñal.

Llanto pidiendo á las hojas,
Lamentos al Uruguay,
Plañia tristes congojas,
Llanto pidiendo á las hojas
Del *ombú* y del *ñandubay*.

Por la llanura esparcidos
En sangrienta confusion,
Están los bravos caidos,
Por la llanura esparcidos
Sin fuego en el corazon.

Las indiecitas huyendo
Solas y sin patria van;
Dejan sus toldos gimiendo
Las indiecitas huyendo
Porque murió Sapican.

¡Cayó una raza inocente!
¡Sin dar un paso hácia atrás
Dobló la bronceada frente!
¡Cayó una raza inocente
Para no alzarle jamás!

II.

Oscura, como la sombra
De una conciencia maldita,
La noche los cuerpos muertos
Con su crespon envolvia;
Y, palpitando en su seno
Como una alma que, perdida,
Llora buscando su forma,
Y al llorar canta y suspira,
Algo como una cancion
De triste cadencia rítmica,
Casi al silencio y al llanto
Y á la muerte parecida,
Se dilataba vibrando
En aureolas de armonía.

. . . . . .

. . . . . .

Las siluetas de las lomas,
Con iluminadas líneas,
Poco á poco comenzaron
A dibujarse indecisas;
Sobre ellas, formando copos
De formas todas distintas,
Se encendió un hermoso grupo

De plateadas nubecillas;
De entre ellas salieron rayos
Perdidos entre ellas mismas;
Los átomos encendidos
Brillaron con luz tranquila,
Y de entre todos, besando
A nubes, rayos y líneas,
Serena se alzó la luna
Con quieta melancolía,
Acariciando á la tierra
Con su luz diáfana y tibia.

Entónces, como engendrada
Por la luz que la envolvia,
Sentada sobre una loma,
Se vió la forma de una india.
Intangible y transparente,
Casi sin forma distinta,
Era un ensueño de niño,
Un jiron de luz con vida;
Una alma, forma y sustancia
De una niebla que palpita;
Un espíritu sin nombre
Formado por la union íntima
De las furias del salvaje
Y de la calma divina.

Era el ángel transparente
Que el indio libre adoró;
Rayo de un astro doliente,
El último ¡ay! inocente
De una raza que murió.

Con la frente sobre el pecho
Y la mano en la mejilla
Modulaba la cancion
Que entre las sombras latia;
Transparentaba la luz
Su tez pálida y cobriza;
Del fondo de dos abismos
Brotaba su ardiente vista;
Tres plumas sobre su frente
El viento al pasar agita,
Y un *tipoy* blanco en jirones
Vela mal sus formas tímidas;
En su frente chispeaba
La noble altivez vencida;
De una esperanza en sus ojos
Aun humeaban las cenizas
Que un fulgor vago y siniestro
Prestaban á sus pupilas.

Era el ángel transparente
Que el indio libre adoró;
Rayo de un astro doliente,
El último ¡ay! inocente
De una raza que murió.

Era un misterio encarnado
Entre las selvas indígenas,
Por los amores del cielo
Con una tierra bendita;
Era un sér que condensaba
Toda una raza extinguida:
Las lágrimas de los niños,
Los suspiros de las indias,
Los ayes de los guerreros
Que, combatiendo, caian;
Los ahullidos de combate,
Las ramas que el viento agita,
El silbar de las saetas
Y bolas arrojadizas;
El golpe de las macanas,
El bote de lanzas indias,
El chasquido de los lazos
Que arrebataban las filas,
El caer de cuerpos muertos
Y alzar de almas redimidas.

Era el ángel transparente
Que el indio libre adoró;
Rayo de un astro doliente,
El último ¡ay! inocente
De una raza que murió.

III.

De la vision de la loma
La transparente armonía,
Entre la luz que se apaga
Por grados casi se infiltra;
Se extienden y se dilatan
De sus contornos las líneas,
Y en su lugar, en la loma,
Una leve nubecilla,
Quedó solo iluminada
Por las últimas caricias
Del astro que adoró el indio,
Y que ahora solo se iba
Sin que un ahullido charrúa
Culto salvaje le rinda.

La última crencha de luz
Absorbió á la nubecilla,

Como á una niebla en verano
Una ráfaga disipa..
Se apagó la luz del mundo,
Se ahogó la dulce armonía,
Volvió la sombra á envolver
Los muertos en la campiña.
Volvió el silencio á reinar
Entre las selvas indígenas,
Y, á lo léjos, en el rio,
En los buques de la orilla,
Se oyó el rodar de cadenas
De una maniobra marina.
¡Cadenas! ¡Pobres charrúas!
¡Ay de la raza vencida!

¡Cayó una raza inocente!
¡Sin dar un paso hácia atrás
Dobló la bronceada frente!
¡Cayó una raza inocente
Para no alzarse jamás!

1877

XLVI

BECQUER.

A JUAN A. BARRIGA

Descontenta del cuerpo,
En pos de apasionados imposibles,
Y empapada en recuerdos sin imágen,
Vagaba su alma, triste.

Concebia colores
Que el íris no dibuja entre sus tintes,
Y pasiones reales de este mundo
Que en el mundo no existen.

Las notas que formaban
En su alma sus amores imposibles,
Creyó escuchar en sus ecos de la tierra
Como salmodias vírgenes.

Perdido en sus ideas,
Soñó un mundo sensual y no sensible;
De un genio informe arrebató su espíritu
La locura sublime.

Naturaleza extraña,
Actividad sin forma á que ceñirse,
La dicha hubiera marchitado una alma
Que de lágrimas vive.

. . . . . .

Era frágil el vaso....
Gigante el árbol, grandes las raices....
No puede ser. El fuerte venció al débil....
Becquer: sueña.... Eres libre.

XLVII

NOTAS DE UN HIMNO.

Ruidos nocturnos que en el aire nacen,
Que el alma escucha cuando se halla sola;
Hijas de un mundo misterioso y vago
Son estas notas.

Ráfagas de suspiros y de ideas,
De indescifrables risas armoniosas
Que se oyen, á intervalos, entre llantos,
Como en la lucha el himno de la gloria.

Quizá es un remedo
De un mundo mejor,
Do chocan los átomos
Formando un fantástico y dulce rumor.

Un lampo de otra alma
Que alienta en mi sér;
Quizá es una ráfaga
Del gérmen de un genio que muere al nacer.

Yo las sorprendo y al rumor las robo
Tales cual vienen, sin color ni forma;
Yo las comprendo; comprenderlas pueden
Las almas tristes y las almas solas.

Solo las concebí; solo y sentado
Sobre el sepulcro de mis pobres glorias,
Y al calor de la hoguera en donde ardian
Dulces recuerdos é ilusiones locas.

Son notas de un himno
De íntimo laud,
Que en sombras de mi alma
Palpita entre espumas de armoniosa luz.

Son hijas del viento.
Vientos: ¡allá van!
En sus giros rápidos
Rumorosos átomos corren á buscar.

XLVIII

EL TIEMPO.

A RAIMUNDO LARRAIN C.

I.

La lámpara de aceite ante el santuario
De la pared pendia,
Y su luz, con las sombras, debilmente
Luchaba sin herirlas.

Apénas si empujaba las tinieblas
Que asaltaban su luz casi extinguida;

No daba luz; decia que habia sombras
En la callada ermita.

En violentas y raras contorsiones
Los objetos del templo se torcian;
De los santos de piedra se agitaban
Los ojos sin pupilas.

Los retablos temblando se inclinaban....
De las rectas cornisas,
Proyectaban la sombra en las paredes,
Medio esfumadas é inconstantes líneas.

Acaso por el miedo del silencio
Todo tiembla en la ermita;
Y en tropeles, discurren por las sombras
De consejas las muertas heroinas.

Eran las altas horas
En que duerme el secreto de la vida;
Despiertan los ensueños en las almas,
Y, en las tumbas, las luces figitivas.

II.

Entre el altar y un arco de la nave,
En la penumbra que el altar proyecta,
Del fundador del templo se levanta
El sepulcro de piedra.

Recostado en la tumba, sobre el pecho
Caida la cabeza,
Un viejo centenario contemplaba
El movimiento de un reloj de arena.

Un brazo abandonaba en el sepulcro,
Y caida la diestra
Una antorcha apagada sostenia,
Que se apagó en la tierra.

Brillar entre sus cejas parecia
Su mirada de piedra,
Y sus labios inmóviles y frios
Contar las horas muertas.

Era el Tiempo. La mano del artista
Dió vida al duro emblema
Que guardaba de un hombre los despojos
Para legarlos á la edad eterna.

III.

La escasa lamparilla del santuario
En vano se agitaba;
Gemia entre las sombras jadeante
Ya de luchar cansada;

Iba á morir; en valde se oponia
A abandonar el ara,
Donde el Dios que el espacio no comprende,
Reclinado descansa.

Los hombres duermen, y el rumor del mundo
Casi extinguido calla;
Solo velan las sombras y el misterio....
¡Quizá tambien las almas!

¡Tambien velaba el viejo de la tumba....!
Alzó la frente cana,
Y contempló un momento, silencioso,
La lucha de la lámpara.

Se incorporó; dejó sobre el sepulcro
El reloj que observaba,
Y en el santo recinto resonaron
Sus rígidas pisadas.

El ruido de dos piedras al chocarse,
Y una de ellas con alma,
Con un compas crispante y fatigado
Producia su planta.

Tomó su antorcha y con incierto paso
Fué y la encendió en la lámpara....
Esta murió y ante el altar, el viejo
De rodillas, dobló la frente pálida.

Cuando los fieles á elevar sus preces
Entraron á la ermita en la mañana;

Y el esquilon tocaba á *Ave-Marías*
Con su voz de lamento y de plegaria;

Atento al movimiento de la arena
En la tumba el anciano siempre estaba;
La lámpara humeaba ya extinguida,
Pero en los vidrios sonreia el alba.

IV.

Cuando llegan las horas
Del nocturno silencio,
Y la luz de la vida tiembla y muere,
Entre las sombras del callado sueño,

Olvidada del hombre,
Y envuelta en el misterio,
La Eternidad descansa en el santuario....
Pero siempre, á su lado, vela el Tiempo.

XLXIX

NO ERA UN SUEÑO.

¿En qué la conocí? ¿Quién me lo dijo?
Yo no lo sé.
Yo la estreché como se abraza un sueño,
Y sin ella, sin madre desperté.

. . . . . .

. . . . . .

No era un sueño; los sueños en el alma
Tanto rastro no dejan:
Madre mia, descíframe el misterio
Que á tu sombra envolvió la noche aquella.

Se acercó.... Me abrazó, como sin duda
Abrazarán las madres de la tierra;
¡Que hasta el beso inefable de una madre
Es para mí un misterio de mis penas!

¡Cuánto adoro mis sueños filiales!
¡Es mi mas dulce herencia!
¡Ah!... ¡Su sombra bendita!... ¡Hasta la muerte
Pierde su horror en ella!

Me miró. Yo sentí que en su mirada
Se infiltró mi alma entera;
Soñé no haber nacido, soñé en gérmen
Mi huérfana existencia.

¡Ah! por posar de nuevo en su regazo
Mi cansada cabeza,
¡Hasta mi vida huérfana amaria!
¡Para nacer muriera!

Nó, no era un sueño.... Riendo ante mis ojos
Ví sus pupilas negras,
Y sentí difundirse por mi alma
La tibia luz de su ternura inmensa.

Los mas dulces latidos de mi pecho,
Mi mismo sueño diera
Por traducir, Dios mio, esa sonrisa,
A las santas sonrisas de la tierra.

Me habló.... no lo entendí.... no lo recuerdo....
Penetró en mi conciencia....
Y aun guarda mi alma el timbre misterioso
Del mudo ¡adios! de su mirada tierna.

Sintió mi corazon que no latia,
Lo que calló mi lengua;
¡Ah! Yo no hablé, no palpitó mi pecho,
Por no perder ni un movimiento de ella.

Se alejó. Largo tiempo entre la sombra
La ví en su manto envuelta,
Real, palpable, madre, madre mia
Como las dulces madres de la tierra.

Al perderse hasta el ruido de sus pasos,
Se volvió, torné á verla.
Desperté, sentí llanto entre mis ojos,
Y en mis labios, plegarias para ella.

. . . . . .

¡No digais que soñé! Era mi madre,
¡Tuvo que ser!
No me robeis la dicha de mi vida,
No me robeis mi fé.

Vosotros teneis madre, sois felices,
¿Qué mas quereis?
Dejadme á mí mis sueños, á lo ménos,
No digais que soñé.

L

ULTIMO INSOMNIO.

Hereuse la beauté que le poëte adore.

LAMARTINE.

Dame asilo de un dia solamente
Dentro tu corazon,
Para esperar la muerte, que se acerca,
Y viene de mí en pos.

Cansados de llorar están mis ojos;
Solo en el mundo estoy;
Te dejaré la herencia de mis lágrimas....
¡Vivirán mas que yo!

En ellas lego al mundo mi fortuna,
Mi adorado dolor;
Ellas darán altares á mi sombra
Y á mi recuerdo amor.

Aunque el polvo me cubre del camino
Y lastimado estoy;
Del naufragio implacable de mi dicha
Mi lira se salvó.

En el hogar tranquilo de tu alma
Dame paz y calor;
Yo cantaré tu nombre.... Eternamente
Viviremos los dos.

Abreme, estoy cansado. Ya la muerte
Se acerca de mí en pos;
Dame asilo de un dia solamente
Dentro tu corazon.

FIN

INDICE

	PAGS.
Este libro y su autor	V
Dedicatoria	1
I.—Credo!	3
II.—¡Madre mia!	11
III.—Tú y Yo	15
IV.—El Dolor	17
V.—La Inspiracion	25
VI.—Veinte años	31
VII.—Bellini	33
VIII.—Siemprevivas	35
IX.—Silencio del alma	37
X.—Buscad al Angel	39
XI.—Focos	41
XII.—¡Paso!	45
XIII.—En brazos del desaliento	47
XIV.—El himno del Cielo	53
XV.—Vestales	57
XVI.—Cantos y Pupilas	59
XVII.—Cantarcillo	61
XVIII.—Moises	67

XIX.—Odio y Amor..... 77
XX.—Su Retrato..... 79
XXI.—Tus ojos..... 81
XXII.—¿Será verdad?..... 83
XXIII.—Imposible..... 85
XXIV.—¡Y no sentias!..... 87
XXV.—El Divino Poema..... 89
XXVI.—Latidos..... 95
XXVII.—Buscándola..... 97
XXVIII.—Reza..... 99
XXIX.—Piensa en mí..... 101
XXX.—No llores mas..... 105
XXXI.—Mujer..... 107
XXXII.—Allá van..... 113
XXXIII.—¡Pobre Flor!..... 115
XXXIV.—A un Amigo..... 119
XXXV.—Pensando en la Patria..... 123
XXXVI.—¿Te acuerdas?..... 127
XXXVII.—¡Patria mia!..... 129
XXXVIII.—La Sombra Negra..... 137
XXXIX.—Pontífice y Rey..... 141
XL.—Era tarde..... 153
XLI.—Al pié de la Cruz..... 155
XLII.—Yo lo sabré..... 161
XLIII.—El Poema de las Hojas..... 163
XLIV.—Las Negras Siluetas..... 171
XLV.—El Angel de los Charrúas..... 173
XLVI.—Becquer..... 181
XLVII.—Notas de un Himno..... 183
XLVIII.—El Tiempo..... 187
XLIX.—No era un sueño..... 193
L.—Ultimo Insomnio..... 197

ERRATAS

Pág. XX, línea segunda, dice: *de la obra otro amigo.*—léase: *de la obra de otro amigo.*

Pág. 126, verso undécimo, dice: *dormido entre estos valles,*—léase: *perdido entre estos valles,*

Pág. 179, verso décimo-séptimo, dice: *Y que ahora solo se iba*—léase: *Y que ahora, sólo se iba,*

Pág. 182, verso tercero, dice: *Creyó escuchar en sus ecos de la tierra*—léase: *Creyó escuchar en ecos de la tierra*

Pág. 182, verso décimo-quinto, dice: *No puede ser.*—léase: *¡No pudo ser!*